

E. T. A. Hoffmann

Cascanueces y el Rey Ratón

La Nochebuena

Durante todo el día 24 de diciembre los hijos del consejero médico Stahlbaum no habían podido entrar en la sala principal y menos aún en el salón de gala contiguo. Fritz y Marie^[1] estaban agazapados en un rincón de la salita de atrás; el oscuro crepúsculo había hecho ya su aparición y sentían mucho miedo, pues, como solía ser habitual ese día, no les habían llevado ninguna luz. Fritz, susurrando en secreto, le contó a su hermana pequeña (acababa de cumplir siete años) que, desde por la mañana temprano, había estado oyendo ruidos, murmullos y suaves golpes en las habitaciones cerradas. Que no hacía mucho un hombrecillo oscuro había pasado por el pasillo a hurtadillas con una gran caja bajo el brazo, pero que él sabía de sobra que no era otro que el padrino Drosselmeier. Entonces Marie, de pura alegría, empezó a dar palmadas con sus manitas y exclamó:

—¡Ay! ¿Qué cosa tan bonita nos habrá hecho el padrino Drosselmeier?

El alto consejero judicial Drosselmeier no era un hombre apuesto, más bien bajo y enjuto, tenía el rostro lleno de arrugas y en el ojo derecho un gran parche negro, y tampoco tenía pelo, por lo que llevaba una peluca blanca, pero hecha de cristal, una pieza muy artística. En realidad el padrino era de por sí un hombre muy artístico, que incluso entendía de relojes y hasta sabía fabricarlos. Así que cuando alguno de los hermosos relojes de la casa de los Stahlbaum enfermaba, el padrino Drosselmeier venía, se quitaba la peluca de cristal y la chaquetita amarilla, se ponía un delantal azul y, con unos instrumentos puntiagudos, pinchaba el reloj de modo tal que a la pequeña Marie le producía auténtico dolor, pero al reloj no le causaba ningún daño, sino que, por el contrario, este volvía a la vida y, al instante, empezaba a susurrar, a repiquetear y a cantar bien contento, lo que era para todos motivo de gran alegría. Siempre que venía llevaba en el bolsillo algo bonito para los niños, bien fuera un hombrecillo que giraba los ojos y saludaba, algo muy divertido de ver, bien una caja de la que salía brincando un pajarillo, bien cualquier otra cosa. Pero por Navidad siempre preparaba algo muy artístico y hermoso, y que le costaba mucho trabajo, por lo que, tras haberlo visto, los padres lo guardaban con mucho cuidado.

—¡Ay! ¿Qué cosa tan bonita nos habrá hecho el padrino Drosselmeier? — exclamó entonces Marie.

Fritz dijo que esta vez no podía ser más que una fortaleza en la que un sinnúmero de soldados muy apuestos estuvieran marchando de un lado a otro y haciendo instrucción, y luego tenían que venir otros soldados que querían entrar en la fortaleza, pero entonces los soldados dispararían valientemente desde el interior con sus cañones, armando gran barullo y gran estruendo.

—No, no —dijo Marie interrumpiendo a Fritz—, el padrino Drosselmeier me ha hablado de un hermoso jardín con un gran lago en el que nadan unos cisnes magníficos con cadenas de oro al cuello y cantan unas canciones hermosísimas. Luego una niña se acerca al lago por el jardín, llama a los cisnes y les da de comer dulce de mazapán.

—Los cisnes no comen mazapán —le interrumpió Fritz algo brusco—, y el padrino Drosselmeier no puede hacer un jardín completo. En realidad tenemos muy pocos juguetes suyos, siempre nos los quitan todos enseguida, así que prefiero los que nos regalan papá y mamá, podemos quedárnoslos y hacer con ellos lo que queramos.

Los niños siguieron intentando adivinar qué sería lo que les traerían en aquella ocasión. Marie dijo que *mademoiselle* Trudy (su muñeca grande)

estaba cambiando mucho, pues, más torpe que nunca, se caía al suelo cada dos por tres, cosa que no sucedía sin dejarle en la cara unas señales muy feas, y que así era imposible pensar en que llevara la ropa limpia. Que unas buenas reprimendas no servían de nada. Y que, además, mamá se había reído al ver que ella se alegraba tanto por la sombrillita de la pequeña Greta. Fritz, en cambio, aseguraba que a sus caballerizas les faltaba un buen alazán, igual que a sus tropas les faltaba toda la caballería, que eso papá lo sabía muy bien.

Así pues, los niños sabían de sobra que los padres les habían comprado un sinfín de cosas bonitas que ahora estaban colocando en su sitio, pero también sabían con certeza que el Niño Jesús los miraba con sus ojos infantiles, amables y piadosos, y que cualquier regalo de Navidad, como tocado por una mano bendita, les alegraba más que ningún otro. Entonces los niños, que seguían cuchicheando acerca de los regalos que esperaban, haciendo partícipe de sus cuchicheos a Luise, su hermana mayor, recordaron que era también el Niño Jesús el que, de manos de sus amados padres, regalaba siempre a los niños aquello que podía proporcionarles verdadera alegría y placer, que él lo sabía mejor que los propios niños, que por eso no debían pedir muchas cosas, sino esperar con tranquilidad y devoción lo que pudiera regalarles. La pequeña Marie se quedó muy pensativa, pero Fritz siguió murmurando para sus adentros:

—Un alazán y unos húsares sí que me gustarían.

Se habían quedado ya prácticamente a oscuras. Fritz y Marie, muy pegados el uno al otro, no se atrevían a decir una sola palabra, les parecía como si a su alrededor rumorearan unas suaves alas y como si a lo lejos se oyera una música muy agradable. Un claro resplandor rozó la pared, entonces los niños comprendieron que el Niño Jesús se había marchado sobre unas brillantes nubes a casa de otros afortunados pequeños. En ese mismo instante se oyó un sonido muy claro, como de plata: Clin-clín, clin-clín. Las puertas se abrieron de par en par y de la sala grande salió tal resplandor que los niños se quedaron como petrificados en el umbral gritando:

—¡Ay! ¡Ay!

Pero papá y mamá se acercaron a la puerta, cogieron a los niños de la mano y dijeron:

—Venid, venid, queridos niños, y mirad lo que os ha traído el Niño Jesús.

Los regalos

Me dirijo a ti mismo, amable lector u oyente, Fritz, Theodor, Ernst o como quiera que te llames, y te pido que recuerdes vivamente la última mesa de Navidad adornada con hermosos regalos de muchos colores: entonces podrás imaginarte también cómo los niños se quedaron completamente atónitos, con los ojos relucientes, y cómo Marie, al cabo de un rato, exclamó suspirando profundamente mientras Fritz daba algunos saltos de alegría que le salieron muy bien:

—¡Ay, qué bonito! ¡Ay, qué bonito!

Pero los niños debían de haber sido especialmente buenos y obedientes todo el año, pues nunca les habían traído tantas cosas ni tan bonitas como esa vez. El gran abeto, situado en el centro de la sala, estaba lleno de manzanas de oro y plata y, cual capullos y flores, de todas las ramas brotaban peladillas y caramelos de colores y toda clase de ricas golosinas. Pero lo que había que considerar como lo más bonito de aquel maravilloso árbol era que en sus oscuras ramas titilaban cientos de lucecitas como si fueran estrellas y él mismo, al brillar por dentro y por fuera, invitaba amablemente a los niños a coger sus flores y sus frutos. Alrededor del árbol todo brillaba en un sinfín de adorables colores (¡cuántas cosas bonitas había allí!), sí, ¿quién podría describirlo? Marie vio las muñecas más delicadas, un montón de cuidados cacharritos, y lo más hermoso de todo, un vestidito de seda delicadamente adornado con lazos de colores, que colgaba de una percha ante los ojos de la pequeña Marie, de manera que podía verlo por todas partes y, en efecto, lo hacía repitiendo una y otra vez:

—¡Ay, qué vestidito más bonito..., más bonito... y yo, seguro que yo... ¿de verdad que me lo voy a poder poner?!

Entretanto Fritz, galopando y trotando alrededor de la mesa, había probado ya tres o cuatro veces el nuevo alazán que, en efecto, había encontrado atado a la mesa. Cada vez que desmontaba decía que era una bestia salvaje, que él ya lo domaría, e inspeccionaba el nuevo escuadrón de húsares, elegantemente vestidos de rojo y oro, que llevaban un montón de

armas de plata y que montaban en unos caballos blancos tan resplandecientes que uno casi hubiera podido creer que eran de plata pura. Los niños, ya un poco más tranquilos, se disponían ahora a mirar los libros de estampas, abiertos de forma que podían verse al instante multitud de lindas flores y personas muy variopintas, incluso unos adorables niños jugando, pintados con tal naturalidad que parecía que estaban vivos y hablaban de verdad. En efecto, los niños se disponían a mirar esos maravillosos libros cuando volvió a sonar la campana. Sabían que ahora traería sus regalos el padrino Drosselmeier, y echaron a correr hacia la mesa que estaba junto a la pared. Rápidamente retiraron la sombrilla tras la que había estado oculto tanto tiempo. ¡Lo que allí vieron los niños...! Sobre un césped verde adornado con flores de muchos colores había un magnífico palacio con muchas ventanas de espejo y torres de oro. Se oyó un carrillón, puertas y ventanas se abrieron y pudo verse cómo unos caballeros y unas damas, muy pequeños, pero muy graciosos, tocados con sombreros de plumas y largos vestidos de cola, paseaban por las salas. En la sala principal, que parecía envuelta en fuego de tantas lucecitas que ardían en candelabros de plata, había unos niños bailando al son del carrillón con unos juboncitos y unas chaquetitas cortas. Un caballero con una capa de color esmeralda miraba a menudo por una ventana, hacía señas y volvía a desaparecer, igual que el mismo padrino Drosselmeier que, apenas más alto que el pulgar de papá, aparecía de vez en cuando por la puerta del palacio y volvía a meterse en su interior.

Con los brazos apoyados en la mesa, Fritz, que había estado observando el hermoso palacio y las figuritas que bailaban y paseaban, dijo entonces:

—¡Padrino Drosselmeier! ¡Déjame entrar en tu palacio!

El alto consejero judicial le indicó que eso era absolutamente imposible. Y tenía razón, porque era una tontería que Fritz pretendiera entrar en un palacio que, incluidas las torres de oro, no era más alto que él. Fritz también lo vio. Al cabo de un rato, como las damas y los caballeros seguían paseando de un lado a otro, los niños bailando, el hombre de color esmeralda asomándose por la misma ventana y el padrino Drosselmeier saliendo a la puerta, Fritz exclamó impaciente:

—Padrino Drosselmeier, ahora sal por la puerta de enfrente.

—Eso no puede ser, querido Fritz —respondió el alto consejero judicial.

—Bueno —continuó diciendo Fritz—, entonces haz que el hombre de verde, que no deja de mirar por la ventana, vaya a pasear con los demás.

—Eso tampoco es posible —respondió una vez más el alto consejero judicial.

—Entonces que bajen los niños —exclamó Fritz—. Quiero verlos más de cerca.

—Nada de eso es posible —dijo enfadado el alto consejero judicial—, el mecanismo tiene que quedarse tal como se ha hecho.

—¿Cooómo? —preguntó Fritz alargando el tono—. ¿Que nada de eso es posible? Escucha, padrino Drosselmeier: si todas esas cositas tan elegantes de tu palacio no pueden hacer otra cosa más que siempre lo mismo, entonces no sirven para mucho y no me voy a molestar en preguntar por ellas en particular. No, son mucho mejores mis húsares, que tienen que maniobrar hacia delante, hacia detrás, como yo quiera, y no están encerrados en ninguna casa.

Y diciendo esto se apartó de un salto de la mesa de los regalos y ordenó a su escuadrón que, montados en sus caballos de plata, trotaran, ondearan sus banderas, atacaran y dispararan a voluntad.

También Marie se había apartado en silencio, pues también ella se había cansado de los paseos y los bailes de los muñequitos del palacio, solo que, como era muy educada y muy buena, no quería que se le notara tanto como a su hermano Fritz. El alto consejero judicial Drosselmeier les dijo muy enfadado a los padres:

—Una obra tan artística no es para niños sin juicio, voy a volver a empaquetarlo.

Pero la madre se acercó y le pidió que le mostrara el entramado interno y el magnífico engranaje, tan artificioso, gracias al cual los muñequitos se ponían en movimiento.

Entonces el consejero volvió a alegrarse y les regaló a los niños algunos muñecos muy bonitos, marrones, hombres y mujeres con rostros, manos y piernas dorados. Eran todos de Torún^[2] y despedían un aroma tan dulce y agradable como el pan de especias, lo que alegró mucho a Fritz y a Marie. La hermana Luise, por deseo de su madre, se había puesto el lindo vestido que le habían regalado y estaba preciosa, pero Marie, cuando le dijeron que se pusiera ella también su vestido, dijo que prefería contemplarlo así un rato más. Se lo permitieron de buena gana.

El protegido

En realidad, si Marie no quería separarse de la mesa de los regalos era porque acababa de descubrir algo de lo que aún no se habían percatado. Al retirar los húsares de Fritz, que habían estado en formación muy cerca del árbol, había quedado a la vista un hombrecillo magnífico que, modesto y en silencio, estaba allí como esperando tranquilamente a que le tocara el turno. Sobre su figura había mucho que objetar, pues aun sin tener en cuenta que el torso, algo largo y fuerte, parecía no querer concordar con sus piernecillas, cortas y delgadas, la cabeza era también demasiado grande. Mucho de esto lo mejoraba la correcta vestimenta que permitía deducir que se trataba de un hombre culto y de buen gusto. Pues llevaba una linda chaquetita de húsar de un brillante color violeta con muchos cordones y botoncitos blancos, pantalones a juego y las botitas más lindas que jamás hayan calzado los pies de un estudiante, ni siquiera de un oficial. Estaban tan ajustadas a las delicadas piernecitas que parecían pintadas. No obstante, resultaba curioso que, con esa ropa, llevara colgada a la espalda una capa estrecha y pesada, que parecía de madera y se hubiera calado una gorrita de minero, pero Marie pensó que el padrino Drosselmeier también llevaba un batín horrible y se calaba una gorra espantosa. Marie también observó que el padrino Drosselmeier, por mucho que actuara con la misma delicadeza que el pequeño, nunca estaría tan guapo como él. Marie, según seguía contemplando al simpático hombrecillo, al que había cogido cariño a primera vista, fue percatándose de la bondad que asomaba a su rostro. Sus ojos verde claro, algo saltones, no expresaban más que amistad y bondad. Al hombre le sentaba bien una barba bien rasurada, de algodón blanco, que enmarcaba su barbilla, pues hacía resaltar aún más la dulce sonrisa de sus rojos labios.

—¡Ay! —exclamó finalmente Marie—. ¡Ay, papá querido! ¿De quién es ese adorable muñeco que hay allí bajo el árbol?

—¿Ese? —respondió el padre—. Ese, mi querida hija, va a tener que trabajar con gran habilidad para todos vosotros, tendrá que macharos las duras nueces y es tan de Luise como tuyo y de Fritz.

Y diciendo esto lo cogió con cuidado de la mesa y, al tiempo que levantaba la capa de madera, el hombrecillo abrió mucho mucho la boca y dejó ver dos filas de dientecillos blancos y afilados. Por indicación de su padre, Marie metió una nuez y, ¡crac!, el hombrecillo la abrió y las cáscaras cayeron, y el dulce fruto fue a parar a manos de Marie. Entonces todos, incluida Marie, supieron que el delicado hombrecillo procedía de la estirpe de los cascanueces y ejercía la profesión de sus antepasados. Empezó a dar gritos de alegría y el padre dijo:

—Querida Marie, como te gusta tanto el amigo Cascanueces, tú, en particular, te encargarás de cuidarlo y protegerlo, aunque, como he dicho, Luise y Fritz pueden utilizarlo con igual derecho que tú.

Marie lo cogió de inmediato y le hizo cascar algunas nueces, pero escogía las más pequeñas para que el hombrecillo no tuviera que abrir mucho la boca, cosa que, en el fondo, no le sentaba muy bien. Luise se unió a ella y también a esta tuvo que prestarle sus servicios el amigo Cascanueces, lo cual parecía hacer de buena gana, puesto que no dejaba de sonreír amablemente. Entretanto Fritz se había cansado de tanta instrucción y tanto cabalgar, y como oyera cascar las nueces entre tanta alegría, fue corriendo adonde estaban sus hermanas, riéndose de corazón del divertido hombrecillo que ahora, como Fritz también quería comer nueces, iba de mano en mano sin dejar de abrir y cerrar la boca. Fritz le metía siempre las nueces más grandes y más duras, así que de repente se oyó un «crac, crac» y tres dientecitos cayeron de la boca del cascanueces y toda la mandíbula inferior quedó suelta, colgando.

—¡Ay, mi pobre..., mi querido Cascanueces! —gritó Marie quitándoselo a Fritz de las manos.

—Pues vaya un tipo más tonto y más ridículo —dijo Fritz—. Quiere ser cascanueces y ni siquiera tiene una dentadura en condiciones... Seguro que no sabe nada de su oficio... ¡Dámelo, Marie! Va a cascarme las nueces aunque pierda los demás dientes, incluso toda la mandíbula. ¿Qué importa este inútil?

—No, no —gritó Marie entre sollozos—, no te lo doy, mi querido Cascanueces. ¡Mira lo triste que me observa y cómo me enseña su boca herida! Pero tú tienes el corazón muy duro..., pegas a tus caballos y ordenas que fusilen a tus soldados.

—Tiene que ser así, tú no lo entiendes —exclamó Fritz—, pero el cascanueces es tan mío como tuyo, así que trae aquí.

Marie empezó a llorar con fuerza y rápidamente envolvió al cascanueces enfermo en su pañuelito. Los padres entraron con el padrino Drosselmeier. Este, para gran pena de Marie, se puso del lado de Fritz. Pero el padre dijo:

—He dicho expresamente que el cascanueces está bajo la protección de Marie y como, por lo que veo, ahora la necesita, es ella la que puede disponer de él a voluntad sin que nadie le diga nada. Por cierto, me asombra mucho que Fritz siga exigiendo tareas a alguien herido en acto de servicio. Como buen militar debería saber de sobra que nunca se hace formar a los heridos.

Fritz estaba muy avergonzado y, sin preocuparse más ni de nueces ni de Cascanueces, se dirigió en sigilo al otro extremo de la mesa, donde sus húsares, tras haber dispuesto las avanzadillas correspondientes, se retiraron a su cuartel nocturno. Marie recogió los dientes que había perdido Cascanueces; alrededor de la mandíbula herida le había anudado un lindo lazo blanco que se había quitado del vestido y luego, incluso con más cuidado que antes, había envuelto en su pañuelo al pobre pequeño, que estaba muy pálido y asustado. Así lo sostenía en sus brazos, acunándolo como a un niño pequeño, mientras contemplaba las hermosas imágenes del nuevo libro de estampas que había ese día entre los otros muchos regalos. Se enfadó mucho, algo que no era propio de ella, cuando el padrino Drosselmeier empezó a reírse a carcajadas sin dejar de preguntar cómo podía tratar con tanta delicadeza a un tipejo tan feísimo como ese. Volvió a acordarse de aquella extraña comparación con Drosselmeier que había hecho al ver al pequeño por primera vez y dijo toda seria:

—¿Quién sabe, querido padrino, si tú no estarías tan guapo como mi querido Cascanueces si te arreglaras como él y llevaras unas botas tan lindas y relucientes?

Marie no sabía por qué sus padres se habían echado a reír a carcajadas ni porqué al alto consejero judicial se le había puesto la nariz roja y ya no se reía tanto como antes. Seguro que había algún motivo particular.

Maravillas

Justo a la entrada del cuarto de estar de la casa del consejero médico, en la larga pared de la izquierda, hay una gran vitrina en la que los niños guardan todas las cosas bonitas que les regalan cada año. Luise era aún muy pequeña cuando el padre se la encargó a un ebanista muy diestro, que le había puesto unos cristales tan claros como el cielo y que, en definitiva, había sabido disponerlo todo con tal habilidad que en su interior las cosas se veían casi más brillantes y más bonitas que cuando se tenían en las manos. En el estante superior, al que Marie y Fritz no llegaban, estaban las obras de arte del padrino Drosselmeier; justo debajo estaba el estante de los libros de estampas, los dos estantes inferiores Marie y Fritz podían llenarlos como quisieran, pero siempre ocurría que Marie hacía en el inferior la casa para sus muñecas; Fritz, en cambio, instalaba en el de encima los cuarteles de sus tropas. Así había sucedido también aquel día, pues, mientras Fritz disponía arriba a sus húsares, Marie había echado a un lado a *mademoiselle* Trudy, colocado a la nueva muñeca, toda elegante, en el cuarto exquisitamente amueblado y aceptado su invitación a comer golosinas. He dicho que el cuarto estaba exquisitamente amueblado y es cierto, pues no sé si tú, mi atenta oyente, Marie, igual que la pequeña Stahlbaum (ya sabrás que ella también se llama Marie), ¡bien...!, quiero decir, ¿acaso tú también, igual que ella, no tienes un pequeño sofá de lindas flores, varias delicadas sillitas, una adorable mesa de té y, ante todo, una camita linda y reluciente, en la que descansan las muñecas más hermosas? Todas esas cosas había en el rincón de la vitrina, cuyas paredes incluso estaban adornadas con cuadritos de muchos colores, y ya puedes imaginarte que la nueva muñeca, que, como Marie supo esa misma noche, se llamaba *mademoiselle* Clarita, tenía que encontrarse muy a gusto en ese cuarto.

Se había hecho ya muy tarde, casi medianoche; el padrino Drosselmeier hacía ya mucho que se había ido y los niños seguían sin poder apartarse de la vitrina por mucho que su madre les advirtiera de que tenían que irse ya a la cama.

—Es verdad —exclamó al fin Fritz—, los pobres muchachos (refiriéndose a sus húsares) también quieren descansar ya, y mientras yo esté aquí ninguno se atreverá siquiera a dar ni una mínima cabezada, ¡eso seguro!

Diciendo esto, se retiró; pero Marie siguió rogando:

—¡Solo un ratito, déjame solo un ratito, mamá querida, tengo algunas cosas que hacer y, en cuanto lo haga, me iré a la cama!

Marie era una niña obediente y sensata, así que la buena de la madre podía dejarla sola con los juguetes sin preocuparse por ella. Pero para que Marie no se entusiasmara demasiado con la nueva muñeca y los bonitos juguetes y se olvidara por ello de las luces que seguían ardiendo en torno a la vitrina de la pared, la madre las apagó todas de manera que tan solo la lámpara, que colgaba del techo en el centro de la sala, difundía su luz suave y agradable.

—¡Acuéstate pronto, mi querida Marie! De lo contrario mañana no podrás levantarte a la hora —le dijo la madre mientras se alejaba y entraba en el dormitorio.

Tan pronto como Marie se encontró a solas, corrió a hacer lo que deseaba de todo corazón y que, sin saber ella misma por qué, no quería revelar a su madre. Seguía llevando en brazos al cascanueces enfermo, envuelto en su pañuelo. Entonces lo dejó con cuidado en la mesa, desenvolvió con mucha precaución el pañuelo y buscó las heridas. Cascanueces estaba muy pálido, pero en cambio sonreía con tanta dulzura y cariño que Marie se sintió muy conmovida.

—¡Ay, pequeño Cascanueces! —dijo en voz muy baja—. No te enfades porque mi hermano Fritz te haya hecho tanto daño, no lo ha hecho con mala intención, es solo que se ha vuelto algo más duro de corazón con esa ruda vida de soldado, aunque por lo demás es un chico muy bueno, te lo aseguro. Pero yo te voy a cuidar muy bien, hasta que vuelvas a estar completamente sano y feliz; el padrino Drosselmeier, que entiende mucho de estas cosas, te colocará bien los dienteitos y te pondrá los hombros en su sitio.

Pero Marie no pudo terminar de hablar, pues, en cuanto mencionó el nombre de Drosselmeier, el amigo Cascanueces retorció el hocico y de sus ojos saltaron unas chispas que parecían verdes espinas. No obstante, en el momento en que Marie empezaba a asustarse, volvió a ver el rostro del noble cascanueces, con su tierna sonrisa, y entonces se dio cuenta de que la luz de la lámpara de la habitación, avivada rápidamente por la corriente de aire, era lo que había desencajado de esa forma el rostro de Cascanueces.

—¡Qué niña más tonta soy, que me asusto tan fácilmente que hasta creo que un muñequito de madera puede hacer gestos! Pero quiero demasiado a

este cascanueces porque es muy gracioso y a la vez tan bondadoso... ¡y por eso hay que cuidarlo como se merece!

Diciendo esto Marie cogió a su amigo Cascanueces, se acercó a la vitrina, se acuclilló ante ella y le dijo a la nueva muñeca:

—Te lo ruego, *mademoiselle* Clarita, déjale tu camita a este cascanueces que está enfermo y herido, y acomódate lo mejor que puedas en el sofá. Piensa que tú estás muy sana y muy fuerte, de lo contrario no tendrías esas mejillas tan regordetas y sonrosadas, y que muy pocas muñecas, por muy bonitas que sean, tienen un sofá tan blando.

Con sus resplandecientes galas de Navidad, *mademoiselle* Clarita estaba toda ella muy elegante y disgustada, y no dijo ni mu.

—Pero cuántas contemplaciones —dijo Marie, sacó la cama, metió en ella con mucho cuidado y muy despacio al pequeño Cascanueces, le vendó los hombros heridos con otro lacito muy lindo que llevaba en el vestido y lo tapó hasta por debajo de la nariz—. No va a quedarse con esa maleducada de Clara —continuó diciendo y subió la camita con el cascanueces al estante superior, de manera que se quedó muy pegado al coqueto pueblo en el que estaban estacionados los húsares de Fritz.

Cerró la vitrina y se disponía a ir a su dormitorio cuando (¡escuchadme con atención, niños!) empezó a oír a su alrededor un susurro suave, muy suave y un murmullo y un ruidillo, detrás de la estufa, detrás de las sillas, detrás de los armarios. El reloj de la pared ululaba entre medias cada vez más y más alto, pero no podía dar la hora. Marie miró hacia él, el gran búho dorado que estaba encima había desplegado sus alas y cubría todo el reloj, al tiempo que había sacado su fea cabeza de gato con el pico curvo.

Y cada vez ululaba más alto, con palabras que podían comprenderse:

—Reloj, reloj, relojes, relojes, todos tenéis que sonar muy bajo, muy bajo. El Rey Ratón tiene un oído muy fino... tic, tac, pim, pam, tan solo cantad, cantadle una vieja cancioncilla, tic, tac, pim, pam, suena, campanilla, suena, ¡pronto estará acabado!

Y se oyó doce veces «pim, pam», con un sonido ronco y apagado.

A Marie empezó a entrarle mucho miedo y, aterrada, estaba a punto de salir corriendo de allí cuando divisó al padrino Drosselmeier, que estaba sentado sobre el reloj de la pared en lugar del búho y había dejado caer los faldones amarillos de su levita por ambos lados como si fueran alas; pero se dominó y exclamó entre sollozos:

—Padrino Drosselmeier, padrino Drosselmeier, ¿qué haces ahí arriba? ¡Baja y no me asustes así, no seas malo, padrino Drosselmeier!

Pero entonces se escucharon por todo alrededor unas divertidas risitas y unos silbidos, y al punto se oyó como si mil piecillos trotaran y corrieran por detrás de las paredes y miles de lucecillas asomaran por entre las grietas de las tablas. Pero no eran lucecitas, ¡no!, eran unos ojitos refulgentes, y Marie se percató de que por todas partes acechaban ratones que se esforzaban por abrirse paso. Pronto no se oyó más que «trap, trap, hop, hop», por toda la sala, montones de ratones, unos más densos que otros, galopaban de un lado a otro y se ponían luego en formación, igual que Fritz solía colocar a sus soldados cuando tenían que ir a la batalla. A Marie aquello le pareció muy gracioso y, como ella, al contrario que otros niños, no sentía una natural repugnancia hacia los ratones, estaba a punto de pasársele el susto cuando, de repente, empezó a oír unos silbidos tan horribles y penetrantes que un escalofrío le recorrió la espalda. ¡Ay, lo que vio entonces!

No, en verdad, estimado lector Fritz, ya sé que tienes un gran corazón, igual que el sabio y valiente general Fritz Stahlbaum, pero si hubieras visto lo que Marie tenía ahora ante sus ojos, de seguro que habrías salido corriendo, incluso creo que te habrías metido en la cama de un brinco y te habrías tapado con la colcha hasta por encima de las orejas, más de lo necesario. ¡Ay! La pobre Marie ni siquiera podía hacer eso porque, ¡escuchadme bien, niños!, justo de delante de sus pies, como empujados por una fuerza subterránea, empezaron a brotar arena y cal y fragmentos de ladrillo, y siete cabezas de ratón con siete relucientes coronas se alzaron del suelo entre terribles siseos y silbidos. Pronto logró también sacar todo el cuerpo del que salían las siete cabezas, y el gran ratón adornado con siete diademas soltó tres veces a pleno coro gritos de júbilo arengando bien alto a todo el ejército que entonces, de repente, se puso en marcha y, trap, trap, hop, hop, se dirigió hacia la vitrina, justo hacia donde estaba Marie, que seguía pegada a la puerta de cristal. De puro miedo y horror el corazón de Marie había estado latiendo con tal fuerza que creía que se le iba a salir del pecho y entonces se moriría; pero ahora sentía como si la sangre se le helara en las venas. Medio desmayada se tambaleó hacia atrás; entonces se oyó un clin, clin, prrr, y la hoja de cristal del armario, a la que había dado un codazo, se desplomó hecha añicos. En el mismo instante percibió un dolor muy punzante en el brazo izquierdo, pero, de repente, se sintió a la vez mucho mejor, ya no oía ni chillidos ni silbidos, todo estaba en completo silencio y, aunque no se atrevía a mirar, pensó que los ratones habrían vuelto a meterse en sus agujeros, asustados por el ruido de los cristales rotos.

Pero ¿qué era aquello otra vez?

Justo detrás de Marie empezó a oírse un extraño rumor en la vitrina y unas vocecitas muy delicadas empezaron a susurrar:

—Despertad, despertad, hay que batallar, esta noche sin más, despertad, a batallar.

Y a la vez se escuchaba un lindo y armónico sonido de campanillas.

—Caramba, si es mi carrilloncillo —exclamó Marie llena de contento mientras se hacía rápidamente a un lado. Entonces vio cómo de la vitrina salía una luz muy rara y todo se movía y se agitaba allí alrededor. Eran varios muñecos que correteaban de un lado a otro, dando golpes con los bracitos. Luego, de repente, Cascanueces se puso en pie, se retiró la colcha y al punto saltó de la cama con ambos pies gritando bien fuerte:

—¡Crac, crac, crac, ratones a mascar, ratones bobos a mascar, crac, crac, bobos a mascar, ratones a mascar, cric y crac, a charlar!

Y diciendo esto sacó su espadita y la blandió en el aire gritando:

—¡Vosotros, mis queridos vasallos, amigos y hermanos, ¿queréis apoyarme en esta dura batalla?!

Al punto gritaron bien fuerte tres Escaramouches, un Pantaleón^[3], cuatro deshollinadores, dos citaristas y un tambor:

—Sí, señor, siempre os seremos leales, con vos marcharemos a la muerte, ¡victoria y lucha! —y se precipitaron hacia el entusiasmado Cascanueces que se atrevió a dar un peligroso salto desde el estante superior.

¡Sí! Aquellos tenían fácil tirarse abajo, no solo porque llevaran ricos vestidos de paño y seda, sino porque en el interior de su cuerpo no había mucho más que algodón y paja, por eso cayeron como si fueran saquitos de lana. Pero el pobre Cascanueces de seguro se habría roto brazos y piernas, pues, imaginaos, había al menos dos pies de altura desde el estante en el que estaba hasta el más bajo de todos, y su cuerpo era tan quebradizo como si estuviera tallado en madera de tilo. Sí, Cascanueces seguro que se habría roto brazos y piernas si, en el momento en que saltó, *mademoiselle* Clarita no se hubiera levantado también del sofá y hubiera cogido al héroe con su espada al viento en sus suaves brazos.

—¡Ay, tú, mi adorada y buena Clarita! —dijo Marie sollozando—. ¡Cómo me he equivocado contigo, seguro que le has dejado a Cascanueces tu camita de buena gana!

Pero *mademoiselle* Clarita dijo entonces, estrechando delicadamente al joven héroe contra su pecho de seda:

—¡Oh, señor! ¿No querréis enfrentaros al peligro y a la lucha enfermo y herido como estáis? Mirad cómo se congregan vuestros valientes vasallos deseosos de luchar y seguros de la victoria. Escaramouche, Pantaleón, el deshollinador, el citarista y el tambor ya están abajo y los muñecos con divisas^[4] de mi estante ya se ve bien que están empezando a moverse y a colocarse. ¡Oh, señor! ¿No queréis descansar en mis brazos y contemplar vuestra victoria desde lo alto de mi sombrero de plumas?

Así habló Clarita, aunque Cascanueces se comportó como un maleducado y empezó a patear tanto que Clarita tuvo que dejarlo enseguida en el suelo. Pero en ese mismo momento él, con muy buenas maneras, clavó una rodilla en el suelo y susurró:

—¡Oh, señora! ¡Siempre recordaré en la lucha y en la batalla la gracia y el afecto que me habéis demostrado!

Entonces Clarita se inclinó hasta que pudo cogerlo del bracito, lo levantó con cuidado, se soltó rápidamente el cinturón que llevaba adornado con muchas lentejuelas y se lo iba a colgar al pequeño cuando este retrocedió dos pasos, se puso la mano en el pecho y dijo muy solemne:

—¡Oh, señora! No despreciéis así vuestros favores conmigo... —se interrumpió, suspiró profundamente, se arrancó luego rápidamente de los hombros el lacito con el que Marie le había vendado, lo apretó contra sus labios, se lo colgó como una banda de campaña y, blandiendo con valentía la reluciente espadita que acababa de sacar, saltó al suelo, rápido y ligero como un pajarillo, por encima del rodapié de la vitrina.

Seguro que veis, mis amables y magníficos oyentes, que Cascanueces, ya antes de cobrar vida, había sentido a la perfección todo el amor y la bondad que Marie le había demostrado y que, como apreciaba tanto a Marie, no quería aceptar ni llevar siquiera un lazo de *mademoiselle* Clarita, por mucho que brillara y muy bonito que fuera. El bondadoso y fiel Cascanueces prefería engalanarse con el sencillo lacito de Marie.

Pero... ¿qué pasará ahora?

Justo en el momento en que Cascanueces saltó al suelo volvieron a oírse los chillidos y los grititos. ¡Ay! Bajo la gran mesa están dispuestas las

funestas filas de incontables ratones, ¡y por encima de todas ellas sobresale el repugnante ratón de las siete cabezas!

¿Qué pasará ahora?

La batalla

—¡Tocad la marcha *Generala*, fiel vasallo tambor! —gritó Cascanueces bien alto y, al punto, el tambor empezó a redoblar con tal arte que los cristales de la vitrina temblaban y tintineaban.

Entonces se oyeron crujidos y golpes en su interior y Marie se percató de que las tapas de varias cajas, en las que estaba acuartelado el ejército de Fritz, se abrían de golpe y los soldados salían de ellas y saltaban al estante inferior, donde se concentraban en resplandecientes filas. Cascanueces corría de un lado a otro dirigiendo a las tropas palabras de entusiasmo:

—Que no se mueva ni el perro del trompeta —gritó Cascanueces enfadado, pero se volvió rápidamente hacia Pantaleón, a quien, algo pálido, le temblaba la barbilla, y dijo solemnemente—: General, conozco su valor y su experiencia, aquí solo sirve un vistazo rápido y aprovechar el momento..., le confío el mando de toda la caballería y la artillería..., no necesita caballo. Tiene las piernas largas y con ellas galopa muy bien. Haga ahora lo que corresponde a su oficio.

Al instante Pantaleón se llevó los largos y huesudos deditos a la boca y empezó a dar unos gritos tan penetrantes que sonaban como si cientos de trompetitas estuvieran tocando con gran alegría. Entonces en el armario empezaron a oírse relinchos y pataleos y, fijaos, los coraceros y los dragones de Fritz, pero sobre todo los húsares, nuevos y resplandecientes, empezaron a salir y pronto estuvieron formando abajo, en el suelo. Entonces regimiento tras regimiento, con banderas desplegadas y música, empezaron a desfilar ante Cascanueces y se dispusieron diagonalmente, en amplias filas, sobre el suelo de la habitación. Pero por delante de ellos pasaron a toda velocidad los cañones de Fritz, rodeados por los cañoneros, y pronto empezó a oírse «bum, bum» y Marie vio cómo las bolas de caramelo caían sobre las abigarradas tropas de ratones, que se quedaron todos blancos del polvo y se sintieron muy avergonzados. Pero la que les causaba mucho daño era sobre todo una pesada batería que, encaramada sobre el escabel de mamá, pum, pum, pum, no dejaba de disparar nueces especiadas a los ratones, que caían uno tras otro. No

obstante, los ratones se acercaban cada vez más e incluso superaban a algunos cañones, pero entonces se oyó «prrr, prrr, prrr», y con el humo y el polvo Marie apenas podía ver lo que estaba ocurriendo. Lo cierto era que cada uno de los cuerpos se estaba batiendo con gran denuedo, y la victoria osciló durante un buen rato entre un lado y otro. El grueso de los ratones aumentaba cada vez más y las pequeñas píldoras de plata que sabían lanzar con tanta habilidad, alcanzaban ya incluso el interior de la vitrina. Clarita y Trudy corrían desesperadas de un lado a otro y se hicieron heridas en las manos.

—¿Es que voy a morir en la flor de mi juventud? ¡Yo, la más linda de las muñecas! —gritó Clarita.

—¿Para eso me he conservado yo tan bien, para morir aquí entre mis cuatro paredes? —exclamó Trudy.

Entonces se abrazaron y gemían tanto que, aun con la locura del ruido, podía oírse su llanto. Porque del espectáculo que entonces comenzó, queridos oyentes, no podéis haceros ni idea.

Empezó un... prrr... prrr..., puf, pif..., catapúm..., catapúm..., bum, burum, bum..., burum..., bum, todo a la vez, y el Rey Ratón y los ratones mismos no dejaban de chillar, y entonces volvió a escucharse la poderosa voz de Cascanueces, que daba órdenes muy útiles y se lo vio marchándose de allí por entre los batallones que estaban en medio del fuego.

Pantaleón había hecho algunos ataques muy brillantes a la caballería y se había cubierto de gloria, pero los húsares de Fritz seguían recibiendo de la artillería de los ratones las balas feas y malolientes, que les hacían unas manchas fatales en sus jubones rojos, por lo que no avanzaban prácticamente nada. Pantaleón les ordenó girar a la izquierda y, con el entusiasmo del mando, él hizo lo mismo y sus coraceros y sus dragones también, es decir, que todos giraron a la izquierda y regresaron a casa. Esto puso en peligro a la batería apostada en el escabel, y no había pasado mucho rato cuando un buen montón de ratones muy feos atacó con tanta fuerza que volcó el escabel junto con los cañoneros y los cañones. Cascanueces parecía muy consternado, y ordenó retroceder al ala derecha. Tú sabes, ¡oh, mi buen oyente Fritz, experto en cuestiones bélicas!, que hacer un movimiento así significa casi tanto como largarse corriendo y que ahora te lamentas conmigo de la desgracia que estaba a punto de caer sobre el ejército del pequeño Cascanueces, tan querido por Marie.

Pero aparta tus ojos de esa desgracia y observa el ala izquierda del ejército de Cascanueces, donde todo sigue muy bien y aún hay grandes esperanzas para el general y su ejército. Durante la acalorada lucha habían ido

apareciendo por debajo de la cómoda y sin que se les oyera un sinfín de montones de ratones de caballería que, entre sus horripilantes chillidos, se habían lanzado con furia sobre el ala izquierda del ejército de Cascanueces, pero... ¡qué resistencia encontraron allí! Despacio, según lo permitían las dificultades del terreno, pues había que pasar el rodapié de la vitrina, el cuerpo de los estandartes había ido avanzando bajo el mando de dos emperadores chinos, y había formado en *carré plain*^[5].

Esas tropas valientes, magníficas y de muchos colores, formadas por muchos jardineros, tiroleses, manchúes, peluqueros, arlequines, cupidos, leones, tigres, macacos y monos, peleaban con sangre fría, valor y constancia. Con audacia espartana este batallón de élites habría podido arrancarle la victoria al enemigo, si un osado capitán de la caballería enemiga, en un temerario avance, no le hubiera arrancado la cabeza a uno de los emperadores chinos y este, al caer, no hubiera arrollado a dos manchúes y un macaco. De ese modo se abrió un agujero por el que penetró el enemigo y pronto todo el batallón acabó destrozado a mordiscos. Pero el enemigo sacó poca ventaja de esta fechoría. Justo cuando un sanguinario jinete de la caballería de los ratones estaba degollando a mordiscos a uno de sus audaces contrarios, le dio en el cuello una bolita de papel impreso, que lo mató en el acto.

Pero ¿de qué servía esto al ejército de Cascanueces que, una vez que había empezado a retroceder, retrocedía cada vez más y perdía cada vez más gente, de manera que el infeliz Cascanueces estaba ahora pegado a la vitrina con un puñadito de soldados?

—¡Que avance la reserva! Pantaleón..., Escaramouche..., Tambor... ¿dónde estáis?

Así gritaba Cascanueces, que confiaba en nuevas tropas que habían de salir de la vitrina. En efecto llegaron algunos hombres y mujeres marrones, de Torún, con los rostros dorados, sombreros y cascos, pero peleaban con tan poca habilidad que no acertaban a ninguno de los enemigos y pronto habrían estado incluso a punto de quitarle la gorra de la cabeza a su general, Cascanueces. Los cazadores enemigos pronto les arrancaron también las piernas a mordiscos, de manera que, al caer, abatieron también a algunos de los hermanos de armas de Cascanueces. Ahora Cascanueces estaba cercado por el enemigo, en peligro y necesidad extremos. Trató de saltar por encima del rodapié de la vitrina, pero las piernas eran demasiado cortas; Clarita y Trudy estaban desmayadas, no podían ayudarle..., húsares..., dragones, todos pasaban brincando alegremente a su lado y se metían dentro, entonces gritó en medio de la desesperación:

—¡Un caballo!... ¡Un caballo!... ¡Mi reino por un caballo^[6]!

En ese momento dos tiradores enemigos lo agarraron por el abrigo de madera y, chillando de júbilo triunfal por sus siete gargantas, el Rey Ratón se acercó de un salto. Marie no pudo contenerse más:

—¡Oh, mi pobre Cascanueces!... ¡Mi pobre Cascanueces! —gritaba entre sollozos; sin ser bien consciente de lo que hacía echó mano a su zapato izquierdo y lo tiró con fuerza al grueso montón de ratones en el que se encontraba su rey.

Al instante pareció que todos habían muerto y desaparecido, pero Marie sintió un dolor aún más punzante que antes en el brazo izquierdo y cayó desmayada.

La enfermedad

Cuando Marie despertó como de un largo letargo estaba en su camita y el sol entraba en la habitación con toda su claridad y su fulgor por las ventanas cubiertas de hielo. Muy cerca de ella estaba un desconocido, en quien pronto reconoció al doctor Wendelstern. Este dijo en voz baja:

—¡Ya se ha despertado!

Entonces la madre se acercó y la contempló con ojos temerosos e inquisidores.

—Ay, mamá querida —susurró la pequeña Marie—, ¿se han largado ya todos esos horribles ratones y se ha salvado el bueno de Cascanueces?

—No digas esas tonterías, querida Marie —respondió la madre—, ¿qué tienen que ver los ratones con el cascanueces? Pero tú, niña mala, sí que nos has tenido bien asustados y preocupados. Eso pasa cuando los niños son cabezotas y no obedecen a sus padres. Ayer te quedaste hasta bien entrada la noche jugando con tus muñecas. Te entró sueño y puede ser que algún ratoncillo, aunque aquí no suele haberlos, saliera y te asustara. Pero basta, lo cierto es que rompiste con el brazo uno de los cristales de la vitrina y te has hecho un corte tan grande en el brazo que el señor Wendelstern, que acaba de sacarte hace un momento las esquiras que aún tenías en las heridas, dice que, si el cristal te hubiera cortado una vena, tu brazo podría haberse quedado inútil o incluso podrías haberte desangrado. Gracias a Dios que me desperté a medianoche y, al echarte en falta tan tarde, me levanté y fui al cuarto de estar. Allí estabas, desmayada en el suelo, pegada a la vitrina y sin dejar de sangrar. Del susto casi me desmayo yo también. Allí estabas y, esparcidos a todo a tu alrededor, vi muchos de los soldados de plomo de Fritz y otros muñecos, algunos con divisas rotos, hombres de pan de especias; pero tenías a Cascanueces en el brazo que sangraba y no lejos de ti tu zapato izquierdo.

—¡Ay, mamaíta, mamaíta! —le interrumpió Marie—. ¿Lo ve? Eran los restos de la gran batalla entre los muñecos y los ratones, y me asusté mucho cuando los ratones quisieron hacer prisionero al pobre Cascanueces, que

comandaba el ejército de los muñecos. Entonces tiré mi zapato a los ratones y luego ya no sé lo que pasó.

El doctor Wendelstern le hizo a la madre un gesto con los ojos y esta le dijo a Marie con mucha dulzura:

—Déjalo estar, mi hijita querida, tranquilízate, los ratones se han marchado todos y el pequeño Cascanueces está contento y feliz en la vitrina.

Luego el consejero médico entró en la habitación y charló durante un buen rato con el doctor Wendelstern; después le tomó el pulso a Marie y ella oyó que hablaban de una fiebre causada por la herida. Tenía que quedarse en cama y tomar algunas medicinas y así transcurrieron algunos días, aunque ella, excepto por algún dolor en el brazo, no se sentía enferma ni molesta. Sabía que el pequeño Cascanueces había salido sano y salvo de la batalla y a veces, como en un sueño, le parecía que le decía, de forma muy perceptible aunque con voz muy lastimera:

—Marie, mi apreciadísima señora, tengo muchas cosas que agradeceros, ¡pero aún podéis hacer mucho más por mí!

En vano pensaba Marie qué podría ser aquello, pero no se le ocurría absolutamente nada.

Marie no podía jugar bien por el brazo herido y, si se ponía a leer o a hojear los libros de estampas, se le nublaba la vista y tenía que dejarlo. Así que el tiempo se le hacía demasiado largo y apenas podía esperar a que se hiciera de noche, porque entonces la madre se sentaba junto a su cama y le leía y le contaba cosas muy bonitas. Justo en ese momento la madre acababa de terminar la magnífica historia del príncipe Facardín^[7], cuando la puerta se abrió y el padrino Drosselmeier entró diciendo:

—Ya es hora de que vea por mí mismo cómo está nuestra Marie, herida y enferma.

En cuanto Marie divisó al padrino Drosselmeier con su chaquetita amarilla, volvió a revivir con fuerza la imagen de aquella noche, cuando Cascanueces perdió la batalla contra los ratones e, involuntariamente, le dijo a gritos al alto consejero judicial:

—¡Oh, padrino Drosselmeier, te portaste muy mal! Vi que estabas sentado en el reloj y lo cubrías con los faldones de tu levita para que no sonara fuerte, porque de lo contrario los ratones se espantarían. ¡Oí perfectamente cómo llamabas al Rey Ratón! ¿Por qué no fuiste a ayudar a Cascanueces? ¿Por qué no viniste a ayudarme a mí, sí, tú, horrible padrino Drosselmeier? ¿Acaso no eres tú el único culpable de que tenga que estar aquí, enferma y herida, en la cama?

La madre preguntó absolutamente perpleja:

—Pero ¿qué te pasa, querida Marie?

Pero el padrino Drosselmeier empezó a poner caras muy raras y dijo con monótona voz de grajo:

—¡Péndulo debía marcar suaves sonos..., picar..., no lo quería aceptar..., relojes..., relojes..., péndulos de relojes deben marcar suaves sonos..., suaves sonos..., suenan las campanas clin clan..., talán tilín y tilín talán..., niña de las muñecas nada temerás!... ¡Suenan campanitas, han sonado, Rey Ratón expulsado, el búho llega con rápido aletear..., puc y pic, y pic y pac, campanitas bim bim..., relojes..., sonos sonos..., los péndulos deben marcar suaves sonos..., picar no lo quería aceptar..., sonsón y sonos, y sin y sonos!

Marie observó boquiabierta al padrino Drosselmeier porque parecía muy distinto y aún mucho más feo de lo habitual y, con el brazo derecho, daba golpes adelante y atrás como si tiraran de él igual que de una marioneta. El padrino le habría provocado auténtico pavor si la madre no hubiera estado presente y si Fritz, que entretanto había entrado a hurtadillas, no hubiese acabado por interrumpirle con sus carcajadas.

—¡Caramba, padrino Drosselmeier —exclamó Fritz—, hoy estás otra vez muy divertido! Pareces el muñeco que hace tiempo tiré detrás de la estufa...

La madre seguía muy seria y dijo:

—Querido alto consejero judicial, esta es una broma muy rara, ¿qué es lo que quiere decir usted?

—¡Cielo santo! —respondió Drosselmeier riendo—. ¿Es que ya no recuerda mi linda cancioncilla del relojero? Suelo cantarla siempre con pacientes como Marie. —Y diciendo esto se sentó rápidamente junto a la cama de Marie y le habló—: No te enfades por que no le sacara de entrada los catorce ojos al Rey Ratón, pero no podía ser; ahora, en lugar de eso, te voy a dar una gran alegría.

Con estas palabras el alto consejero judicial se echó mano al bolsillo y lo que sacó muy muy despacio fue... el cascanueces, al que con mucha habilidad le había pegado los dientecitos caídos y fijado la mandíbula desencajada. Marie soltó un grito de alegría, pero la madre dijo sonriente:

—¿Ves ahora lo bien que se porta el padrino Drosselmeier con tu cascanueces?

—Pero tendrás que reconocer, Marie —interrumpió el alto consejero judicial a la esposa del consejero médico—, tendrás que reconocer que Cascanueces no es que tenga precisamente un buen tipo y su rostro no es lo que se suele decir apolíneo. Cómo llegó a su familia esa poca donosura y cómo se heredó de unos a otros te lo puedo contar si es que quieres escucharlo. O ¿acaso conoces ya la historia de la princesa Pirlipat, la bruja Ratoninka y el artístico relojero?

—Oye —interrumpió Fritz en ese momento sin querer—, oye, padrino Drosselmeier, le has colocado muy bien los dientes al cascanueces y la mandíbula tampoco se le mueve ya tanto como antes, pero ¿por qué le falta la espada? ¿Por qué no le has puesto una espada?

—Vaya —contestó de mala gana el alto consejero judicial—. ¡Siempre tienes que criticarlo y ponerle pegas a todo, jovencito!... ¿Qué me importa a mí la espada de Cascanueces? Le he curado el cuerpo, que se haga él mismo una espada como quiera.

—Es verdad —exclamó Fritz—, si es un tipo hábil, sabrá cómo encontrar un arma.

—Entonces, Marie —continuó diciendo el alto consejero judicial—, dime si conoces la historia de la princesa Pirlipat.

—¡Ay, no! —respondió Marie—. ¡Cuenta, padrino, cuenta!

—Espero —dijo la esposa del consejero médico—, espero, querido señor consejero, que su historia no sea tan terrorífica como todo lo que suele usted contar.

—En absoluto, carísima señora consejera —respondió Drosselmeier—, al contrario, lo que voy a tener el honor de contar es muy divertido.

—Cuenta, oh, cuenta, querido padrino —gritaron los niños, y el alto consejero judicial empezó así:

El cuento de la nuez dura

La madre de Pirlipat era la esposa de un rey y, por tanto, una reina y la misma Pirlipat, desde el mismo momento en que nació, una princesa. El rey estaba fuera de sí de contento por la hermosa hijita que estaba en la cuna; daba gritos de júbilo, bailaba y saltaba a la pata coja sin parar de gritar:

—¡Yuju!... ¿Ha visto alguien nunca algo más bonito que mi Pirlipatita?

Y todos los ministros, generales, presidentes y oficiales del Estado Mayor saltaban a la pata coja, igual que el soberano, gritando bien fuerte:

—¡No, jamás!

Y, de hecho, tampoco se podía negar que, desde que el mundo es mundo, no había nacido ninguna niña más hermosa que la princesa Pirlipat. Su carita parecía tejida de delicados copos de seda, blancos como lirios y rojos como rosas, los ojitos vivaces y chispeantes como el azul del cielo, y era muy lindo que los ricitos se ensortijaran en un sinfín de relucientes hilos de oro. Además, Pirlipatita había traído al mundo dos filas de pequeños diente-cillos de perlas, con los que, a las dos horas de nacer, mordió el dedo del canciller real, cuando este intentaba ver su alineación más de cerca, haciéndole gritar:

—¡Ay, Jesús!

Otros afirman que gritó «¡ay, ay!», pero las opiniones al respecto siguen aún a día de hoy muy divididas.

En resumen, Pirlipatita mordió de verdad al canciller real en el dedo y todo el país, entusiasmado, supo entonces que el ingenio, el coraje y la razón habitaban también en el pequeño y angelical cuerpecito de Pirlipat.

Como ya he dicho, todos estaban encantados, únicamente la reina se sentía muy temerosa e intranquila, nadie sabía por qué. Lo que más llamaba la atención era que ordenaba vigilar la cuna de Pirlipat con mucho cuidado. Además de que en las puertas había alabarderos, sin contar a las dos niñeras que estaban pegadas a la cuna, había seis más que, noche tras noche, tenían que permanecer sentadas en la habitación. Pero lo que parecía una locura y nadie podía comprender era que cada una de esas seis niñeras tenía que tener un gato en el regazo y acariciarlo durante toda la noche, de forma que no

parara de ronronear. Es imposible, queridos niños, que vosotros podáis adivinar por qué la madre de Pirlipat hacía todas estas cosas, pero yo sí lo sé y os lo voy a contar ahora mismo.

Aconteció que, en una ocasión, se habían congregado en la corte del padre de Pirlipat un buen número de excelsos reyes y príncipes, muy amables, por lo que todo se hacía con mucho boato y se organizaron muchas justas, comedias y bailes de corte. El rey, para dejar absolutamente claro que a él no le faltaban ni oro ni plata, quiso meter buena mano al tesoro de la corona y gastarlo en algo muy agradable. Por ello, como el jefe de cocina le había dicho en secreto que el astrónomo de la corte había anunciado la época de la matanza, encargó un festín de embutidos, se metió en su carruaje y él en persona invitó a todos los reyes y príncipes... únicamente a una cucharada del caldo, para que se alegraran con la sorpresa de aquellas exquisiteces. Entonces le dijo muy amablemente a la reina:

—Tú ya sabes, querida, cuánto me gustan los embutidos...

La reina sabía de sobra lo que quería decir con eso, pues lo que significaba no era otra cosa más que ella misma debía dedicarse, como ya había hecho otras veces, al muy provechoso oficio de hacer embutidos. El tesorero mayor tuvo que llevar al punto a la cocina el gran puchero de oro y las cacerolas de plata; se preparó un gran fuego con leña de sándalo, la reina se puso sus delantales de damasco, y pronto empezaron a salir del puchero los dulces aromas del caldo de los embutidos. Hasta el consejero de Estado llegó aquel agradable olor; preso de un gozo interno, no pudo contenerse.

—Con su permiso, señores —exclamó, y de un salto se plantó en la cocina, abrazó a la reina, removié un poco el puchero con el cetro de oro y luego, ya calmado, regresó al Consejo de Estado.

Justo entonces había llegado el importante punto en el que había que cortar el tocino en dados y dorarlo en la parrilla de plata. Las damas de la corte se retiraron porque la reina, por pura fidelidad y respeto hacia su real esposo, quería hacer esto sola. Solo que en cuanto el tocino empezó a asarse, se escuchó una vocecita muy delicada que susurraba:

—¡Dame a mí también algo del asadito, hermana!... Yo también quiero un festín, yo también soy reina... ¡Dame un poco del asadito!

La reina sabía muy bien que era doña Ratoninka quien así hablaba. Hacía ya muchos años que doña Ratoninka vivía en el palacio del rey. Decía estar emparentada con la familia real e incluso que era la soberana del reino de Ratonía, por eso tenía una corte enorme bajo el fogón. La reina era una mujer muy buena y bondadosa, y aunque, por lo general, no quería reconocer a doña

Ratoninka como a su hermana, sí que le permitió de todo corazón que tomara parte en el festín de aquel día de fiesta y dijo:

—Salid de ahí, doña Ratoninka, vos también podéis probar mi tocino.

Entonces doña Ratoninka salió rápidamente, dando brincos muy contenta, saltó al fogón y, con sus delicadas patitas, fue cogiendo uno tras otro los pedacitos de tocino que la reina le iba dando. Pero entonces llegaron todos los compadres y las comadres de doña Ratoninka, e incluso también sus siete hijos, unos bribones muy desobedientes, que se lanzaron sobre el tocino sin que la reina, asustada, pudiera defenderse. Por suerte llegó también la camarera mayor y ahuyentó a los impertinentes huéspedes, de manera que quedó aún algo de tocino que, siguiendo las indicaciones del matemático de la corte, se repartió muy artísticamente entre todos los embutidos.

Sonaron tambores y trompetas, todos los potentados presentes y los príncipes se dirigieron al festín de embutidos con relucientes trajes de fiesta, en parte bajo blancos palios, en parte en carruajes de cristal. El rey los recibió con cordial amabilidad y afecto, y luego se sentó, ataviado como soberano con cetro y corona, a la cabecera de la mesa. Ya ante el plato de la morcilla de hígado se vio que el rey palidecía cada vez más y más, levantaba los ojos al cielo, unos suaves susurros salían de su pecho..., ¡parecía como si un intenso dolor se estuviera revolviendo en su interior! Pero ante el plato de la morcilla de sangre se hundió en el sillón entre graves lamentos y sollozos, y se llevó las manos a la cara sin dejar de lamentarse y suspirar.

Todos se levantaron de la mesa de un salto, el médico de cabecera se esforzó en vano por cogerle el pulso al desdichado monarca, una desgracia profunda, indescriptible, parecía desgarrarlo por dentro. Por fin, por fin, tras muchas palabras de aliento, tras aplicar fuertes remedios como cenizas de plumón de ganso y similares, pareció que el rey volvía algo en sí; sin que apenas se le oyera tartamudeó:

—Muy poco tocino.

Entonces la reina se echó desconsolada a sus pies y dijo entre sollozos:

—¡Oh, mi pobre y desdichado esposo real!... ¡Oh, cuánto dolor habéis tenido que soportar!... Pero ved aquí a vuestros pies a la culpable... Castigadla, castigadla con dureza... ¡Ay!... Doña Ratoninka con sus siete hijos, compadres y comadres, se ha comido el tocino y... —al decir esto la reina cayó de espaldas, sin sentido.

Pero el rey se puso en pie todo furioso y gritó bien fuerte:

—Camarera mayor, ¿cómo ha sucedido esto?

La camarera mayor contó todo lo que sabía y el rey decidió vengarse de doña Ratoninka y su familia, que se habían comido el tocino de los embutidos. Se mandó llamar al consejero de Estado, se decidió procesar a doña Ratoninka y confiscarle todos sus bienes. Pero como el rey dijera que, mientras tanto, podían seguir comiéndose todo el tocino, le pasaron todo el asunto al relojero y arcanista^[8] de la corte. Este hombre, que se llamaba justamente como yo, es decir, Christian Elias Drosselmeier, prometió expulsar para siempre de palacio a doña Ratoninka y a su familia gracias a una inteligente operación de Estado. En efecto, inventó unas pequeñas máquinas, muy artísticas, en las que metió un pedazo de tocino asado sujeto con un hilo y que Drosselmeier colocó alrededor de la casa de la señora Cometocino. Doña Ratoninka era demasiado lista como para no ver la treta de Drosselmeier, pero todas sus advertencias, todo lo que les dijo no sirvió de nada: atraídos por el dulce aroma del tocino asado, los siete hijos y muchos muchos compadres y comadres de doña Ratoninka cayeron en las máquinas de Drosselmeier y, justo en el momento en que iban a morder el tocino, quedaron presos de una reja que cayó de repente, y luego fueron ejecutados vergonzosamente en la cocina. Doña Ratoninka abandonó con un pequeño grupito el lugar del horror. Odio, desesperación y venganza colmaban su pecho. La corte se alegró mucho, pero la reina estaba preocupada porque conocía el carácter de doña Ratoninka y sabía de sobra que no iba a dejar pasar sin venganza la muerte de sus hijos y parientes. En efecto, cuando la reina se disponía a preparar para el real esposo un paté de bofe, que le gustaba mucho, apareció y dijo:

—Mis hijos..., mis compadres y comadres han sido asesinados. Cuídate mucho, señora reina, de que la reina de los ratones no degüelle a tu princesita a mordiscos... cuídate mucho.

Tras esto desapareció otra vez y no volvió a dejarse ver, pero la reina estaba tan asustada que dejó caer al fuego el paté que estaba preparando y por segunda vez doña Ratoninka le estropeó al rey uno de sus platos predilectos, por lo cual este se puso muy furioso.

Pero ya está bien por esta noche, ya os contaré el resto.

Por mucho que Marie, que durante la narración había tenido sus propios pensamientos, le pidió al padrino Drosselmeier que siguiera contándola, este no se dejó convencer, sino que se levantó de un brinco diciendo:

—Demasiado de una vez no es sano, mañana el resto.

Justo cuando el alto consejero judicial estaba a punto de salir por la puerta, preguntó Fritz:

—Pero dinos, padrino Drosselmeier, ¿es verdad que tú inventaste la ratonera?

—¿Cómo puede hacerse una pregunta tan tonta? —exclamó la madre, pero el alto consejero judicial sonrió de una forma muy extraña y dijo en voz baja:

—¿Acaso no soy un relojero de lo más artístico y no iba a ser capaz de inventar una ratonera?

Continuación del cuento de la nuez dura

—Ahora ya sabéis, niños —continuó diciendo el alto consejero judicial Drosselmeier la tarde del día siguiente—, ahora ya sabéis, niños, por qué la reina hacía vigilar a la lindísima princesita Pirlipat con tanto cuidado. ¿Acaso no había de temer que doña Ratoninka volviera para cumplir su amenaza y devorase a mordiscos a la princesita? Las máquinas de Drosselmeier no servían para nada contra la astuta e ingeniosa doña Ratoninka, y tan solo el astrónomo de la corte, que era a su vez astrólogo e intérprete privado de señales divinas, decía saber que la familia del gato Ronrón estaba en disposición de mantener a doña Ratoninka alejada de la cuna; por ello cada una de las niñeras tenía que sujetar en su regazo a uno de los hijos de esa familia, que, por cierto, estaban empleados en la corte como consejeros delegados privados, y tratar de endulzarles su duro servicio al Estado con hábiles caricias. En una ocasión era ya medianoche cuando una de las dos niñeras principales, que estaban pegadas a la cuna, se despertó sobresaltada como de un profundo sueño.

A su alrededor todos estaban dormidos..., ni un susurro..., ¡un profundo silencio de muerte en el que se percibía hasta el roer de la carcoma!... Pero cómo se sentiría la niñera principal al divisar junto a ella a un ratón, enorme y horroroso, que, apoyado sobre sus patas traseras, había pegado su funesta cabeza al rostro de la princesa. Con un grito de horror se levantó de un salto, todos se despertaron, pero en ese mismo instante doña Ratoninka (pues no era otro el enorme ratón de la cuna de Pirlipat) salió corriendo hacia un rincón de la habitación. Los consejeros delegados se lanzaron tras ella, pero demasiado tarde: había desaparecido por una grieta del suelo de la habitación. Pirlipatita se despertó con el ruido y empezó a llorar muy lastimera.

—¡Demos gracias al cielo! —exclamaron las niñeras—. ¡Está viva!

Pero cuán grande no sería su horror al mirar a Pirlipatita y ver en qué se había convertido la hermosa y delicada niña. En lugar de la cabecita angelical de rizos dorados, blancos y rojos, había una cabezota deforme sobre un cuerpo torcido y diminuto, los ojitos de color azul cielo se habían

transformado en unos ojos verdes, de mirada fija, y la boquita se había estirado de una oreja a otra. La reina se quería morir entre penas y lamentos y hubo que tapizar el estudio del rey con telas guateadas porque no dejaba de golpearse la cabeza contra la pared, gritando con una voz muy quejumbrosa:

—¡Ay de mí, desdichado monarca!

Entonces podía haberse dado cuenta de que habría sido mejor comerse los embutidos sin tocino y haber dejado en paz bajo el fogón a doña Ratoninka con toda su parentela, pero el real padre de Pirlipat no pensaba en eso, sino que le echaba la culpa de todo al relojero de la corte y arcanista Christian Elias Drosselmeier, natural de Núremberg. Por eso dio esta sabia orden: en el plazo de cuatro semanas Drosselmeier debía devolver a la princesa Pirlipat a su estado original o, al menos, indicar una forma concreta, no falaz, de cómo podía conseguirse esto; en caso contrario habría de morir indecorosamente bajo el hacha del verdugo.

Drosselmeier no se asustó poco, pero pronto confió en su arte y su fortuna y al punto comenzó con la primera operación que le pareció provechosa. Con gran habilidad desmontó a la princesita Pirlipat, desenroscó sus manitas y sus piecitos, a la vez que observaba la estructura interna; pero, desgraciadamente, descubrió que cuanto más creciera la princesa, más deforme se haría, y no sabía qué pensar ni qué hacer. Con mucho cuidado volvió a armar a la princesa y, junto a su cuna, que no podía abandonar en ningún momento, se sumió en una gran congoja. Se acercaba ya la cuarta semana..., era ya miércoles cuando el rey se asomó y, con los ojos chispeantes de furia y el cetro amenazador en la mano, gritó:

—¡Christian Elias Drosselmeier, cura a la princesa o morirás!

Drosselmeier empezó a llorar amargamente mientras la princesita Pirlipat, toda contenta, cascaba unas nueces. Por primera vez le llamó la atención al arcanista el inusual apetito de Pirlipat por las nueces, así como la circunstancia de que hubiera venido al mundo con dienteitos. De hecho, justo después de su transformación no había parado de gritar hasta que, por casualidad, vio una nuez que abrió al momento, se comió el fruto y entonces se calmó. Desde ese momento las niñeras no veían el momento de traerle nueces.

—¡Oh, sagrado instinto de la naturaleza, simpatía eterna e inescrutable de todos los seres! —exclamó Christian Elias Drosselmeier—. ^[9] ¡Tú me muestras la puerta del misterio, llamaré y se abrirá!

Al punto pidió permiso para hablar con el astrónomo de la corte y hasta él lo condujeron bajo estricta vigilancia. Ambos caballeros se abrazaron entre multitud de lágrimas, pues eran amigos entrañables; luego se retiraron a un gabinete privado y consultaron muchos libros que trataban de las simpatías y antipatías y otras cosas misteriosas. Llegó la noche; el astrónomo de la corte miró a las estrellas y, con ayuda de Drosselmeier, que también era muy hábil en estas cuestiones, hizo el horóscopo de la princesa Pirlipat. Costó mucho trabajo, pues las líneas iban haciéndose cada vez más confusas, pero al final..., ¡qué alegría!..., al final vieron con absoluta claridad que la princesa Pirlipat, para librarse del hechizo que la hacía tan fea y volver a ser tan linda como antes, no tenía que hacer otra cosa más que comer el dulce fruto de la nuez *cracatuéc*.

La nuez *cracatuéc* tiene una cáscara tan dura que un cañón de cuarenta y ocho libras podría pasarle por encima sin quebrarla. Esa nuez tan dura tenía que ser abierta delante de la princesa por un hombre que no se hubiera afeitado jamás y que jamás hubiera calzado botas, y él tendría que entregársela con los ojos cerrados. Una vez hubiera dado siete pasos atrás sin tropezarse, el joven podría volver a abrir los ojos. Drosselmeier y el astrónomo habían estado trabajando sin parar durante tres días y tres noches y fue justamente el sábado, a la hora en que el rey estaba sentado a la mesa para almorzar, cuando Drosselmeier, que iba a ser decapitado el domingo de madrugada, entró precipitadamente, lleno de dicha y alborozo, y anunció el remedio que había encontrado para devolver a la princesa Pirlipat la belleza perdida. El rey lo abrazó con enorme afecto, le prometió una espada de diamantes, cuatro órdenes y dos levitas de domingo nuevas.

—Nada más acabar de comer —añadió amablemente— nos pondremos manos a la obra; ocúpese usted, querido arcanista, de que el joven sin afeitar

esté a mano como es de rigor, con zapatos en los pies y con la nuez *cracatuec*, y antes no le dejéis beber nada de vino, para que no se tropiece cuando dé los siete pasos atrás como un cangrejo, ¡luego que beba hasta saciarse!

Drosselmeier se sintió muy consternado con las palabras del rey, y no sin temblores ni vacilaciones, balbuceando, consiguió decir que, aunque habían encontrado el remedio, las dos cosas, la nuez *cracatuec* y el joven que había de morderla, había que buscarlas aún y que además era un tanto dudoso que alguna vez pudieran encontrar nuez y cascanueces. Muy enfurecido, el rey blandió el cetro sobre su cabeza coronada y gritó con voz de león:

—Entonces se mantiene la decapitación.

Fue una suerte para Drosselmeier, sumido en la angustia y la miseria, que justo ese día al rey le hubiera gustado mucho la comida y estuviera por ello de buen humor para escuchar los razonables argumentos de los que no carecía la generosa reina, muy conmovida por el destino de Drosselmeier. Finalmente, este recobró las fuerzas y expuso que, en realidad, él había cumplido con la tarea de dar el remedio con el que la princesa podía salvarse, con lo cual había salvado su vida. El rey dijo que eso no eran más que ridículas excusas y palabrería vana, pero al final, tras haberse tomado una copita de licor estomacal, decidió que ambos, el relojero y el astrónomo, debían ponerse en marcha y no regresar si no era con la nuez *cracatuec* en el bolsillo. Y que, tal como había dicho la reina, al hombre que había de abrirla lo hallarían por medio de solicitudes publicadas varias veces en diarios y revistas cultas tanto locales como extranjeras.

El alto consejero judicial volvió a interrumpirse en este punto y prometió contar el resto la tarde siguiente.

Fin del cuento de la nuez dura

En efecto, la tarde siguiente, nada más encenderse las luces, volvió a aparecer el padrino Drosselmeier y siguió contando. Drosselmeier y el astrónomo de corte llevaban ya quince años andando sin haber hallado ni rastro de la nuez *cracatuec*. De todos los lugares en los que estuvieron, de las cosas tan extrañas y curiosas que les acontecieron, de todo eso podría estar hasta cuatro semanas contándoos, niños, pero no voy a hacerlo, sino que os diré simplemente que Drosselmeier, profundamente apesadumbrado, empezó a sentir una gran nostalgia por Núremberg, su ciudad natal. Esta nostalgia lo sobrecogió muy especialmente en una ocasión en que justamente se encontraba con su amigo en un gran bosque de Asia, fumando una pipita de tabaco de hierbas.

—¡Oh, mi hermosa... hermosa tierra de Núremberg..., hermosa ciudad! A quien no te haya visto, por mucho que haya viajado a Londres, París o Petrovaradin^[10], aún no se le ha abierto el corazón y te deseará eternamente..., te deseará, oh, Núremberg, hermosa ciudad de hermosas casas con ventanas.

Como Drosselmeier se lamentara tan apesadumbrado, el astrónomo sintió una gran compasión y empezó a gemir con tanto dolor que podía oírse a todo a lo largo y ancho de Asia. Pero volvió a dominarse, se secó las lágrimas de los ojos y preguntó:

—Pero, mi apreciado colega, ¿por qué estamos aquí sentados llorando? ¿Por qué no nos vamos a Núremberg? ¿Acaso no da exactamente igual cómo y dónde busquemos la funesta nuez *cracatuec*?

—Eso también es verdad —respondió Drosselmeier consolado.

Al instante ambos se levantaron, vaciaron sus pipas y, saliendo del bosque en mitad de Asia, se dirigieron a Núremberg en línea recta. Apenas llegados allí, Drosselmeier fue corriendo a ver a su primo, el fabricante de muñecas, lacador y dorador Christoph Zacharias Drosselmeier, al que hacía muchos años que no había visto. Entonces el relojero le contó toda la historia de la

princesa Pirlipat, de doña Ratoninka y de la nuez *cracatuec*, y este no dejaba de aplaudir sin cesar exclamando lleno de asombro:

—¡Caramba, primo! ¡Primo, qué cosas más maravillosas!

Drosselmeier siguió contándole las aventuras de su largo viaje, cómo había pasado dos años con el rey Dátil, cómo el príncipe Almendra lo había rechazado con mucho desdén, cómo había preguntado en vano en la Sociedad Científica de Villaardilla..., en resumen, cómo no había conseguido obtener ni rastro de la nuez *cracatuec* en ningún sitio. Mientras relataba esto, Christoph Zacharias había castañeteado varias veces los dedos, se había girado sobre un solo pie, chasqueado con la lengua, y luego exclamado:

—¡Hum!... ¡Hum!... ¡Vaya!... ¡Caramba!... ¡Oh..., pero qué diablos!

Al final lanzó gorra y peluca al aire, abrazó bien fuerte a su primo y gritó:

—¡Primo..., primo! Estáis a salvo, os digo que estáis a salvo, porque o todo me engaña o yo mismo tengo la nuez *cracatuec*.

Al instante sacó una cajita de la que extrajo una nuez dorada de un tamaño mediano.

—Mirad —dijo mostrándole al primo la nuez—, mirad, que yo tenga esta nuez se debe a lo siguiente: hace muchos años, allá por Navidad, llegó hasta aquí un forastero vendiendo un saco de nueces. Justo delante de mi puesto de muñecas empezó una disputa y dejó el saco para poder defenderse mejor del vendedor de nueces local que no podía soportar que el forastero fuera vendiendo nueces y por eso lo había agredido. En ese momento un carro que llevaba una pesada carga pasó por encima del saco; todas las nueces se cascaron, excepto una que el forastero, con una extraña sonrisa, me vendió por una reluciente moneda de veinte del año 1720. Me pareció muy extraño que yo tuviera en el bolsillo justo una moneda como la que quería aquel hombre, compré la nuez y la doré sin saber muy bien por qué había pagado la nuez tan cara y le daba después tanto valor.

Cualquier duda acerca de si la nuez del primo era en efecto la tan buscada nuez *cracatuec* quedó despejada al instante cuando el astrónomo de la corte, al que habían llamado para que la viera, raspó el oro y en la cáscara de la nuez apareció grabada con caracteres chinos la palabra «*cracatuec*». La alegría de los viajeros fue enorme y el primo el hombre más feliz de la tierra cuando Drosselmeier le aseguró que había hecho su fortuna, puesto que, además de una considerable pensión, a partir de entonces tendría gratis todo el oro que necesitase para dorar. Ambos, el arcanista y el astrónomo, se habían puesto ya los gorros de dormir y se disponían a irse a la cama cuando el último, esto es, el astrónomo, empezó a decir:

—Estimado colega, la suerte nunca viene sola... Creedme, ¡no solo hemos encontrado la nuez *cracatuec*, sino también al joven que ha de abrirla y darle el fruto de la belleza a la princesa!... ¡No me refiero a otro más que al hijo de vuestro señor primo!... No, no voy a dormir —continuó diciendo entusiasmado—, sino que esta misma noche voy a hacer el horóscopo del joven —y diciendo esto se quitó de la cabeza el gorro de dormir y empezó a hacer observaciones.

El hijo del primo era, en efecto, un joven simpático de buena complexión, que no se había afeitado nunca y nunca se había puesto unas botas. Cuando era muy joven había hecho de títere un par de Navidades, pero no se le notaba en lo más mínimo, tan bien se había esforzado el padre en educarlo. Los días de Navidad llevaba una bonita chaqueta roja con sobredorados, una espada, el sombrero bajo el brazo y un elegante peinado con una redecilla. De esta guisa, todo resplandeciente, se ponía en el puesto de su padre y, con su galantería innata, les cascaba las nueces a las chicas, por lo que le llamaban también «Pequeño Cascanueces». A la mañana siguiente, el astrónomo se arrojó encantado al cuello del arcanista y exclamó:

—Es él, lo tenemos, lo hemos encontrado; solo dos cosas, queridísimo colega, no podemos dejar de pasar por alto. En primer lugar, es necesario que hagáis a vuestro espléndido sobrino una robusta trenza de madera, unida a la mandíbula inferior de tal forma que se pueda tirar de ella con mucha fuerza; pero además, cuando lleguemos a la residencia real, hemos de guardar en absoluto silencio que llevamos también con nosotros al joven que abrirá la nuez *cracatuec*; tendrá que presentarse bastante después que nosotros. He leído en el horóscopo que el rey, cuando algunos se hayan roto los dientes sin mayor éxito, le prometerá como recompensa la mano de la princesa y la sucesión en el reino a aquel que abra la nuez y devuelva a la princesa la belleza perdida. El primo fabricante de muñecas estaba extremadamente satisfecho con que su hijito fuera a casarse con la princesa Pirlipat y se convirtiera en príncipe y en rey, así que lo dejó por completo en manos de los enviados. La trenza que Drosselmeier le colocó al esperanzado sobrino resultó ser muy buena, y consiguió magníficos resultados al abrir algunos huesos de melocotón durísimos.

Como Drosselmeier y el astrónomo habían informado de inmediato a la residencia real del hallazgo de la nuez *cracatuec*, se habían dado allí al punto las órdenes necesarias y, cuando los viajeros se presentaron con el remedio de la belleza, se había congregado mucha gente apuesta, entre la que había príncipes, que, confiando en lo sano de su dentadura, querían intentar librar

del hechizo a la princesa. Los enviados se asustaron no poco al volver a ver a la joven. El pequeño cuerpo con las manitas y los piecitos diminutos apenas podía soportar su deforme cabeza. La fealdad de su rostro había aumentado con una barba de algodón blanco que le había crecido alrededor de la boca y la barbilla. Todo sucedió tal como el astrónomo de la corte había leído en el horóscopo. Un joven barbilampiño tras otro, con sus zapatos, fueron rompiéndose dientes y mandíbulas con las nuez *cracatuec*, sin ayudar en lo más mínimo a la princesa y, cuando luego los dentistas encargados de ello se los llevaban de allí medio desmayados, suspiraban: «¡Esa sí que era dura de roer!».

Cuando entonces el rey, con el corazón angustiado, prometió hija y reino a aquel que consiguiera librarla del hechizo, se anunció el obediente y delicado joven Drosselmeier y pidió permiso para intentarlo. Ningún otro le había gustado a la princesa Pirlipat como el joven Drosselmeier; se llevó las manitas al corazón y suspiró profundamente:

—¡Ay, si fuera él quien abriese por fin la nuez *cracatuec* y se convirtiera en mi esposo!...

Una vez que el joven Drosselmeier hubo saludado muy cortésmente al rey y a la reina y luego a la princesa Pirlipat, el maestro mayor de ceremonias le dio la nuez *cracatuec*, se la colocó sin más entre los dientes, tiró con fuerza de la trenza y, crac, crac, la cáscara se partió en un montón de pedazos. Con mucha habilidad limpió el fruto de las fibras que aún quedaban colgando y se lo dio a la princesa con una humilde reverencia, tras lo cual cerró los ojos y empezó a caminar hacia atrás. La princesa se comió el fruto inmediatamente y, ¡oh, milagro!, su figura deforme desapareció y en su lugar había una angelical figura femenina, el rostro como tejido de copos de seda blancos como los lirios y rojos como las rosas, todos los rizos ensortijados como con hilos de oro. Trompetas y tambores se entremezclaron con el alborozado júbilo del pueblo. El rey y toda su corte bailaban a la pata coja como cuando nació Pirlipat, y a la reina tuvieron que llevarle *eau de Cologne* porque se había desmayado de pura dicha y felicidad. El gran tumulto no desconcertó poco al joven Drosselmeier, que aún tenía que completar sus siete pasos; sin embargo, logró dominarse y justo en el momento en que estiraba el pie derecho para dar el séptimo paso, doña Ratoninka salió chillando y gritando del suelo, de manera que cuando Drosselmeier fue a apoyar el pie, la pisó y tropezó de tal forma que estuvo a punto de caer. ¡Oh, infortunio! De repente el joven quedó tan deforme como lo había estado antes la princesa Pirlipat. El cuerpo se había encogido y apenas podía soportar aquella gorda cabeza

deforme con los ojos saltones y la gigantesca boca colgando. En lugar de la trenza le colgaba por detrás una estrecha capa de madera, con la que accionaba la mandíbula inferior.

El relojero y el astrónomo estaban enloquecidos de espanto y de terror, pero vieron cómo doña Rantoninka se retorció sangrando en el suelo. Su maldad no había quedado sin venganza, pues el joven Drosselmeier la había pisado tan fuerte en el cuello con la punta del tacón de su zapato que estaba a punto de morir. Pero mientras la muerte se apoderaba de doña Ratoninka, esta chillaba y gritaba muy lastimera:

—*Cracatuec*, dura nuez... por la que yo moriré..., hi, hi, pip, pip, Cascanueces pobrecín, tú también vas a morir..., mi hijito con sus siete coronas, a Cascanueces no perdona, a su madre vengará en ti, Cascanueces, pobrecín..., ¡oh, vida joven y bella, de ti la muerte me lleva!... ¡Hi, hi, hi, hi!

Con este grito expiró doña Ratoninka y el calderero real se la llevó de allí.

Nadie se había preocupado del joven Drosselmeier, pero la princesa le recordó al rey su promesa y ordenó al punto que llevaran a su presencia al joven héroe. Mas cuando el joven apareció con su figura deforme, la princesa se llevó las manos a la cara y gritó:

—¡Fuera, fuera con ese repugnante cascanueces!

Al momento el mariscal de la corte lo cogió por los hombros y lo echó de allí. El rey se puso muy furioso porque hubieran querido darle un cascanueces por yerno, echó la culpa de todo a la falta de habilidad del relojero y del astrónomo, y expulsó a ambos para siempre de la residencia real. Pero eso no estaba en el horóscopo que el astrónomo había hecho en Núremberg, y no dejó de hacer nuevas observaciones, afirmando que leía en las estrellas que al joven Drosselmeier le iría tan bien en su nuevo estado que, a pesar de su figura deforme, llegaría a ser príncipe y rey. Que su figura deforme solo desaparecería cuando el hijo de doña Ratoninka, que tras la muerte de sus siete hijos, había nacido con siete cabezas, y que se había convertido en Rey Ratón, cayera por su propia mano y una dama llegara a amarlo a pesar de su deformidad. En efecto, dicen haber visto en Núremberg por Navidades al joven Drosselmeier, con forma de cascanueces, pero también de príncipe.

Y este es, niños, el cuento de la nuez dura, y ahora ya sabéis por qué la gente dice a menudo «esa sí que es dura de roer» y a qué se debe que los cascanueces sean tan feos.

Así concluyó su relato el alto consejero judicial. Marie opinó que la princesa Pirlipat era una muchacha abominable y desagradecida; Fritz, en cambio, aseguró que si Cascanueces quería ser un tipo valiente, no tenía que andarse con muchas contemplaciones con el Rey Ratón y pronto recuperaría su apuesta figura de antes.

Tío y sobrino

Si alguno de mis muy honorables lectores u oyentes por casualidad se ha cortado en alguna ocasión con un cristal, sabrá por propia experiencia cuánto duele y lo malo que es por lo que tarda en sanar. Marie había tenido que pasar prácticamente una semana entera en la cama, porque se sentía muy mareada cuando se levantaba. Pero por fin se recuperó del todo y pudo volver a andar feliz, como antes, por la habitación. En la vitrina todo estaba precioso, pues, nuevos y relucientes, había allí árboles, flores y casas, y algunos muñecos muy bonitos. Antes que todas esas cosas, Marie volvió a encontrar a su querido Cascanueces que, en el segundo estante, le sonreía con sus dienteitos sanos. Al contemplar ahora a su amado llena de júbilo, sintió de repente una gran angustia en su corazón, porque todo lo que el padrino Drosselmeier había contado era únicamente la historia de Cascanueces y su enfrentamiento con doña Ratoninka y su hijo. Ahora sabía que su Cascanueces no podía ser otro que el joven Drosselmeier de Núremberg, el amable sobrino del padrino Drosselmeier, desgraciadamente hechizado por doña Ratoninka. Pues, durante el relato, Marie no había dudado ni un solo momento de que el artístico relojero de la corte del padre de Pirlipat no era otro que el alto consejero judicial Drosselmeier en persona.

—Pero ¿por qué no te ayudó tu tío? ¿Por qué no te ayudó? —se lamentaba Marie a medida que iba comprendiendo cada vez con mayor claridad que aquella batalla de la que había sido testigo era por el reino y la corona de Cascanueces.

¿Acaso no eran sus súbditos el resto de los muñecos y acaso no era verdad que la profecía del astrónomo de la corte se había hecho realidad y que el joven Drosselmeier se había convertido en rey de los muñecos? Mientras la astuta de Marie consideraba todo esto en su mente, creyó también que Cascanueces y sus vasallos, en el momento en que ella los creyera capaz de hacerlo, cobrarían vida y se pondrían en movimiento. Pero no fue así: en la vitrina todo seguía fijo e inmóvil, y Marie, muy lejos de renunciar a su

convicción interna, lo achacó a los efectos del hechizo de doña Ratoninka y de su hijo de siete cabezas.

—Pero —le dijo en voz alta al cascanueces— aunque no estéis en condiciones de moveros o de decirme una sola palabra, querido señor Drosselmeier, yo sé bien que vos me entendéis y sabéis de mis buenas intenciones para con vos; contad con mi apoyo cuando lo necesitéis... Al menos le pediré a vuestro tío que con su habilidad habitual os ayude en lo que sea necesario.

Cascanueces continuó en silencio, sin moverse, pero a Marie le pareció como si atravesara la vitrina un suave suspiro, con el que los cristales vibraron de una forma apenas perceptible pero adorable, y pareció como si una vocecita similar a una campanilla cantara:

—Marie mía..., ángel de compañía..., tuyo sería..., Marie mía.

En los escalofríos que le entraron, Marie sintió, sin embargo, un extraño bienestar. Había empezado a anochecer; el consejero médico entró con el padrino Drosselmeier, Luise no tardó mucho en preparar la mesa del té y la familia estaba sentada a ella hablando de un sinfín de cosas graciosas. Sin hacer ruido, Marie había acercado su butaquita y se había sentado a los pies del padrino Drosselmeier. Cuando de repente todos guardaron silencio, Marie miró fijamente a la cara con sus grandes ojos azules al alto consejero judicial y dijo:

—Ahora sé, querido padrino Drosselmeier, que mi cascanueces es tu sobrino: el joven Drosselmeier de Núremberg ha llegado a ser príncipe, o mejor dicho rey, y se ha cumplido exactamente lo que tu acompañante, el astrónomo, había predicho, pero tú sabes bien que ha declarado la guerra al hijo de doña Ratoninka, el espantoso Rey Ratón. ¿Por qué no lo ayudas?

Marie volvió a relatar todo el transcurso de la batalla, tal como ella lo había visto, y con frecuencia su madre y Luise la interrumpieron con grandes carcajadas. Únicamente Fritz y Drosselmeier estaban muy serios.

—Pero ¿de dónde se saca esta niña todas esas cosas tan absurdas? —dijo el consejero médico.

—Bueno —respondió la madre—, tiene mucha fantasía..., en realidad no son más que sueños provocados por la alta fiebre que ha tenido.

—Nada de eso es verdad —dijo Fritz—, esos inútiles no son mis húsares rojos, *¡potz bassa manelka!*^[11], ¿cómo iba yo a mezclarme con ellos?

Pero, con una extraña sonrisa, el padrino Drosselmeier cogió a la pequeña Marie en su regazo y le dijo con más dulzura que nunca:

—¡Ay, querida Marie! A ti se te ha concedido mucho más que a mí y que a todos nosotros; tú eres, igual que Pirlipat, princesa por nacimiento, pues gobiernas en un reino hermoso y lleno de luz^[12]. Pero sufrirás aún mucho si quieres acoger al pobre y deforme Cascanueces, porque el Rey Ratón lo persigue por todos los rincones. Pero no yo..., tú, solo tú puedes salvarlo, sé constante y fiel.

Ni Marie ni nadie sabían lo que Drosselmeier quería decir con esas palabras; al consejero médico le pareció incluso tan extraño que le tomó el pulso al alto consejero judicial y dijo:

—Queridísimo amigo, tiene usted una fuerte congestión en la cabeza, voy a recetarle algo.

La esposa del consejero médico fue la única que sacudió pensativa la cabeza y dijo en voz baja:

—Sospecho a qué se refiere el alto consejero judicial, pero no puedo expresarlo con claridad.

La victoria

No había pasado mucho rato cuando, en mitad de una noche de luna clara, despertaron a Marie unos extraños golpes que parecían venir de un rincón de la habitación. Era como si lanzaran piedrecitas que rodaban por todas partes y, entre medias, se oían gritos y chillidos muy repugnantes.

—¡Ay, los ratones, vuelven los ratones! —gritó Marie asustada e intentó despertar a su madre, pero no le salió un solo sonido y ni siquiera fue capaz de mover un solo miembro al ver que el Rey Ratón se abría paso a través de un agujero de la pared para, finalmente, dando vueltas por la habitación con sus ojos chispeantes y sus coronas, colocarse de un enorme brinco sobre la mesita que estaba pegada a la cama de Marie.

—¡Hi..., hi..., hi..., tienes que darme tus caramelos..., darme tu mazapán, pequeñaja... si no, destrozaré a mordiscos a tu cascanueces..., a tu cascanueces!

Así silbaba el Rey Ratón, al tiempo que cascaba y chirriaba los dientes de forma repelente y luego volvía a meterse de un salto en la ratonera. A Marie le entró tanto miedo con aquella horrible aparición que al día siguiente estaba muy pálida y, en su agitación interior, no fue capaz de decir una sola palabra. Cientos de veces trató de contarle a la madre o a Luise, o al menos a Fritz, lo que le había pasado, pero pensó: «¿Me creerá alguno? Y, además, ¿no se reirán de mí con todas sus ganas?».

Pero lo que sí tenía claro era que para salvar a Cascanueces tenía que entregar los caramelos y el mazapán. Todo lo que tenía lo colocó a la noche siguiente ante el rodapié de la vitrina. Por la mañana dijo la esposa del consejero médico:

—No sé de dónde salen ahora estos ratones en nuestro cuarto de estar, mira, ¡mi pobre Marie!, se han comido todas tus golosinas.

Así era en efecto. Al voraz Rey Ratón no le había gustado el mazapán relleno, pero lo había roído con sus afilados dientes, así que hubo que tirarlo. A Marie ya no le importaban mucho las golosinas, sino que, en su interior, se sentía muy contenta porque creía haber salvado a su Cascanueces. Pero cómo

se sintió cuando la noche siguiente oyó cómo silbaban y chillaban muy cerca de sus oídos. ¡Ay! El Rey Ratón estaba otra vez allí y sus ojos chispeaban aún más repulsivos que la noche anterior, y los silbidos que hacía con los dientes eran aún más repugnantes.

—Tienes que darme tus muñecos de caramelo, tus muñecos de galleta, pequeña, si no, destrozaré a mordiscos a tu cascanueces, a tu cascanueces — y diciendo esto el repelente Rey Ratón se largó de un salto.

Marie se afligió mucho; a la mañana siguiente fue a la vitrina y contempló muy triste sus muñecos de caramelo y de adraganto. Pero su dolor era justo, pues no puedes imaginarte, Marie, mi atenta oyente, lo adorables que eran las figuritas de caramelo y de adraganto que tenía la pequeña Marie Stahlbaum. Además de un pastor muy apuesto que, con su pastora, apacentaba a todo un rebaño de ovejitas blancas como la leche, y de su perrito que, alegre, brincaba por allí, había también dos carteros con cartas en la mano y cuatro parejas de jóvenes magníficamente ataviados con unas chicas adorablemente engalanadas que se columpiaban en una noria. Detrás de unos bailarines estaba además el hacendado Feldkümmel con la doncella de Orléans, que a Marie no le importaban mucho^[13], pero en el rinconcito del fondo había un niño de rojas mejillas, su predilecto, y las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de la pequeña Marie.

—¡Ay! —exclamó volviéndose hacia Cascanueces—. Querido señor Drosselmeier, ¿qué no haría yo por salvarlo? ¡Pero es demasiado duro!

Entretanto Cascanueces tenía un aspecto tan lastimero que Marie, que además se sentía como si estuviera viendo abiertas las siete fauces del Rey Ratón para tragarse al desafortunado joven, decidió sacrificarlo todo. Así pues, por la noche colocó a todos sus muñequitos de caramelo, igual que había hecho antes con las golosinas, junto al rodapié de la vitrina. Besó al pastor, a la pastora, a los corderitos, y por último sacó también del rincón a su predilecto, el niño de rojas mejillas de adraganto, al que colocó, no obstante, bien detrás de todos. El hacendado Feldkümmel y la doncella de Orléans fueron a parar a la primera fila.

—No, esto es demasiado feo —exclamó a la mañana siguiente la esposa del consejero médico—. En la vitrina tiene que haber un ratón muy grande y asqueroso porque todos los lindos muñequitos de caramelo de la pobre Marie están mordidos y roídos.

Marie no pudo contener las lágrimas, pero pronto volvió a sonreír, pues pensó: «¿Qué importa todo si Cascanueces se ha salvado?». Por la noche, cuando la madre le contó al alto consejero judicial los desaguisados que un

ratón estaba organizando en la vitrina de los niños, el consejero médico dijo que le parecía terrible que no pudieran acabar con aquel funesto bicho que hacía de las suyas en la vitrina y se comía todas las golosinas de la pobre Marie.

—¡Caramba! —interrumpió Fritz muy divertido—. El panadero de abajo tiene un magnífico consejero de legación de color gris, voy a traerlo. Enseguida pondrá fin a la situación y le arrancará la cabeza al ratón, ya sea doña Ratoninka en persona o su hijo, el Rey Ratón.

—Y —continuó diciendo entre risas la esposa del consejero médico— brincaré por las mesas y las sillas y tirará vasos y tazas y romperá mil cosas más.

—Nada de eso —respondió Fritz—, el consejero de legación del panadero es un hombre muy hábil, ya me gustaría a mí andar con tanta elegancia como él por los picos del tejado.

—Nada de gatos por la noche —les rogó Luise, que no podía soportarlos.

—En realidad —dijo el consejero médico—, en realidad Fritz tiene razón, entretanto podríamos colocar una trampa, ¿tenemos alguna?

—El padrino Drosselmeier puede hacérnosla mejor que nadie, él las inventó —exclamó Fritz.

Todos se rieron y, como la esposa del consejero médico asegurase que en casa no había ninguna trampa, el alto consejero judicial dijo que él tenía varias y, al momento, hizo traer de su casa una magnífica trampa para ratones. Entonces Marie y Fritz revivieron el cuento del padrino sobre la nuez dura. En el momento en que la cocinera empezaba a asar el tocino, Marie se puso a temblar y a tiritar y, dominada por el cuento y todas las maravillas que en él ocurrían, le dijo a su querida Dora:

—¡Ay, reina y señora! ¡Cúidese usted de doña Ratoninka y su familia!

Fritz, en cambio, había desenvainado su sable y dijo:

—Sí, esos son los que tendrían que aparecer ahora, ya les iba yo a dar...

Pero todo siguió en silencio, tanto encima como debajo del fogón. Cuando luego el alto consejero judicial ató el tocino a un fino hilito y colocó muy muy despacio la trampa en la vitrina, Fritz exclamó:

—¡Cúidate, padrino relojero, de que el Rey Ratón no te haga una de las suyas!

¡Ay, cómo pasó la noche siguiente la pobre Marie! Algo frío como el hielo le recorrió todo el brazo de un lado a otro y algo áspero y repugnante se le puso en la mejilla, chillando y gritándole al oído.

El repugnante Rey Ratón estaba sentado en su hombro y una baba roja como la sangre brotaba de sus siete fauces abiertas, y chasqueando y chirriando los dientes, le siseó en el oído a Marie, que se había quedado petrificada de miedo y horror:

—¡Sí sí..., sí sí, a casa no he de ir..., no voy al festín..., no me cogerán..., sí sí..., dame a mí, dame a mí, todos tus libritos, también tu vestidito, si no, paz no has de tener..., eso has de saber, a Cascanueces vas a extrañar, lo voy a destrozar..., ji, ji, pip, pip..., chi, chi!

Marie se quedó entonces muy triste y preocupada, parecía muy pálida y descompuesta cuando la madre le dijo a la mañana siguiente:

—Todavía no hemos atrapado a ese malvado ratón. —Y, creyendo que Marie estaba triste por sus golosinas y que, además, tenía miedo del ratón, añadió—: Pero estate tranquila, mi niña querida, ya espantaremos a ese malvado ratón. Si las trampas no sirven, Fritz traerá a su agrisado consejero de legación.

Apenas Marie se quedó sola en el cuarto de estar, se acercó a la vitrina y, entre sollozos, dijo a Cascanueces:

—¡Ay, mi bueno y querido señor Drosselmeier! ¿Qué puede hacer por vos una niña pobre y desdichada como yo?... Aunque ahora le diera a ese repugnante Rey Ratón todos mis libros de estampas, incluso el lindo vestidito nuevo que me ha regalado el Niño Jesús, para que los destrozara a mordiscos, ¿acaso no va a exigirme cada vez más, hasta que al final no me quede nada y entonces querrá morderme a mí misma en su lugar?... Oh, yo, pobre niña, ¿qué puedo hacer yo?... ¿Qué puedo hacer yo?

Mientras la pequeña Marie lloraba y se lamentaba así, se percató de que a Cascanueces le había quedado en el cuello una gran mancha de sangre de aquella noche. Desde el momento en que Marie supo que su Cascanueces era en realidad el joven Drosselmeier, el sobrino del alto consejero judicial, no volvió a cogerlo en brazos ni a acariciarlo ni a besarlo más, cierta timidez le impedía incluso tocarlo mucho; pero entonces lo sacó con mucho cuidado del estante y empezó a limpiarle la mancha de sangre del cuello con su pañuelo moquero. Pero cómo se sentiría al notar de repente que el pequeño Cascanueces entraba en calor y empezaba a agitarse en su mano. Rápidamente volvió a dejarlo en el estante, la boquita no dejaba de temblar y, con gran esfuerzo, el pequeño Cascanueces le susurró:

—¡Ay, mi carísima *demoiselle* Stahlbaum!... Excelente amiga, ¿qué será lo que yo no os deba?... No, no debéis sacrificar por mí ningún libro de

estampas ni ningún vestidito del Niño Jesús..., conseguí tan solo una espada..., una espada, del resto ya me cuido yo, aunque él...

En este punto Cascanueces se quedó sin voz y sus ojos, animados antes con la expresión del más profundo dolor, volvieron a quedarse fijos y sin vida. Marie no sintió miedo alguno, más bien empezó a saltar de alegría por conocer un remedio para salvar a Cascanueces sin más sacrificios dolorosos. Pero ¿de dónde sacar una espada para el pequeño? Marie decidió pedir consejo a Fritz y por la noche, cuando, tras irse los padres, seguían sentados en la habitación, junto a la vitrina, le contó todo lo que había acontecido con Cascanueces y el Rey Ratón y de qué dependía ahora salvar a Cascanueces. Nada preocupó tanto a Fritz como el hecho de que, por lo que contaba Marie, sus húsares se hubieran portado tan mal en la batalla. Volvió a preguntar todo serio si de verdad había ocurrido así y, una vez que Marie le hubo dado su palabra, se dirigió rápidamente a la vitrina, soltó a sus húsares un discurso patético y luego, como castigo por su egoísmo y su cobardía, fue arrancándoles uno tras otro la insignia de la gorra y les prohibió además tocar la marcha de la guardia de húsares durante todo un año. Una vez cumplido su deber, se volvió hacia Marie diciendo:

—Por lo que al sable se refiere, puedo ayudar a Cascanueces, puesto que ayer jubilé con su pensión a un coronel de los coraceros que, en consecuencia, no necesita ya su hermoso y afilado sable.

El mencionado coronel disfrutaba de la pensión que Fritz le había asignado en el último rincón del tercer estante. De allí lo sacaron, le quitaron el sable de plata que, en efecto, era muy coqueto, y se lo colgaron a Cascanueces.

Esa noche Marie no pudo dormir de puro miedo; a medianoche le pareció como si oyera extraños rumores, tintineos y crujidos. De repente oyó un «cuik».

—¡El Rey Ratón! ¡El Rey Ratón! —gritó Marie y, de un salto, se levantó horrorizada de la cama.

Todo siguió en silencio, pero enseguida oyó unos golpes suaves, muy suaves, en la puerta y percibió una delicada vocecita:

—¡Excelsa *demoiselle* Stahlbaum, abrid tranquila..., buenas y felices noticias!

Marie reconoció la voz del joven Drosselmeier, se echó la bata por encima y abrió la puerta volando. El pequeño Cascanueces estaba fuera, la espada ensangrentada en la mano derecha, una velita en la izquierda. En cuanto vio a Marie, echó una rodilla a tierra y dijo:

—¡Oh, señora! Vos sois la única que me ha insuflado valor caballeresco y que ha dado fuerza a mi brazo para combatir al insolente que se atrevió a ofenderos. ¡El taimado Rey Ratón yace herido de muerte, revolcándose en su sangre!... ¡Oh, señora! ¿No rehusaréis aceptar las muestras de la victoria de mano de vuestro caballero, rendido a vos hasta la muerte?

Diciendo esto, el pequeño Cascanueces se sacó con mucha habilidad las siete coronas de oro del Rey Ratón, que llevaba en el brazo izquierdo, y se las dio a Marie, que las aceptó loca de contento. Cascanueces se puso en pie y continuó diciendo:

—¡Ay, mi excelsa *demoiselle* Stahlbaum! ¡Cuántas cosas maravillosas podría mostraros en este momento en que he superado a mi enemigo, si tuvierais la bondad de seguirme solo unos cuantos pasitos!... ¡Oh, hacedlo!... ¡Hacedlo, excelsa *demoiselle*!

El reino de las muñecas

Creo que ninguno de vosotros, niños, habría vacilado un solo momento en seguir al honrado y bondadoso Cascanueces, que no podía tener nada malo en mente. Marie lo hizo tanto más porque sabía de sobra hasta qué punto podía exigir agradecimiento a Cascanueces y estaba convencida de que él mantendría su palabra y le mostraría un sinfín de cosas magníficas. Así que dijo:

—Iré con vos, señor Drosselmeier, pero que no sea muy lejos y que no tardemos mucho, porque no he dormido prácticamente nada.

—Entonces —respondió Cascanueces— elegiré el camino más próximo, aunque sea algo más incómodo.

Empezó a andar, Marie lo siguió hasta que se detuvo ante el viejo y enorme ropero del pasillo. Para su asombro, Marie se percató de que las puertas de ese armario, siempre bien cerradas con llave, estaban abiertas, de manera que veía con toda claridad el abrigo de viaje de su padre, de piel de zorro, que colgaba delante del todo. Con mucha habilidad Cascanueces trepó por los rodapiés y las molduras hasta que pudo agarrar la gran borla, sujeta a un cordón, que colgaba de la espalda del abrigo. En cuanto Cascanueces tiró con fuerza de la borla, una delicada escalera de madera de cedro se deslizó al instante por la manga del abrigo.

—Tened la amabilidad de subir, queridísima *demoiselle* —exclamó Cascanueces.

Marie lo hizo, pero apenas había subido por la manga, apenas había asomado por el cuello, cuando vio una luz cegadora y, de repente, se encontró en un hermoso y aromático prado, del que salían millones de chispas cual refulgentes piedras preciosas.

—Estamos en el Prado de Caramelo —dijo Cascanueces—, pero enseguida cruzaremos aquella puerta.

Entonces Marie, levantando la vista, se percató de la preciosa puerta que se alzaba en el prado tan solo unos pasos más adelante. Parecía construida toda de mármol veteado en color blanco, marrón y pasa, pero cuando Marie se acercó vio con claridad que toda la masa era de almendras garrapiñadas y pasas, por lo que, como le había asegurado Cascanueces, la puerta que estaban atravesando era conocida como Puerta de Almendras y Pasas. Alguna gente malpensada la llamaba con todo descaro la Puerta del Cebo para Estudiantes. En una galería que partía de esa puerta, aparentemente de azúcar de cebada, seis monitos vestidos con juboncitos rojos tocaban la más hermosa música de jenízaros turcos^[14] que alguien hubiera oído jamás, de manera que Marie apenas se percató de cómo seguía avanzando y avanzando por las baldosas de mármol multicolor que, sin embargo, no eran otra cosa que ladrillos, bellamente trabajados. Pronto la envolvieron los más dulces aromas, que emanaba un maravilloso bosquecillo que se abría a ambos lados. Por entre el oscuro follaje todo brillaba y relucía con tal claridad que se podía ver perfectamente cómo unos frutos dorados y plateados colgaban de unos tallos de muchos colores, y los troncos y las ramas estaban adornados con cintas y ramos de flores, igual que felices parejas de novios y alegres invitados a una boda. Y mientras los aromas a azahar se desprendían como céfiros ondulantes, se oía el murmullo de las ramas y las hojas, y el oro embriagador crujía y crepitaba, sonando como una música jubilosa, a cuyo ritmo tenían que brincar y bailar las centelleantes lucecitas.

—¡Ay, qué bonito es todo esto! —exclamó Marie toda entusiasmada y feliz.

—Estamos en el Bosque de Navidad, preciada *demoiselle* —dijo el pequeño Cascanueces.

—¡Ay! —continuó diciendo Marie—. Si pudiera quedarme aquí un poquito, ¡es todo tan hermoso!

Cascanueces dio unas palmadas con sus manitas y al punto se aproximaron algunos pastorcillos y pastorcillas, tan delicados y tan blancos que uno hubiera podido creer que eran de puro azúcar y de los que Marie, aunque llevaba un rato paseando por el bosque, aún no se había percatado. Acercaron hasta allí un adorable sillón dorado, colocaron encima un cojín blanco de regaliz y, muy amablemente, invitaron a Marie a que se sentara en él. Apenas lo hubo hecho, pastores y pastoras bailaron un baile muy armonioso, para el que los cazadores tocaron sus cuernos de forma muy acompañada, pero después todos desaparecieron entre los arbustos.

—Disculpad —dijo Cascanueces—, disculpad, preciadísima *demoiselle* Stahlbaum, que el baile haya resultado tan poco elaborado, pero toda esta gente forma parte de nuestro *ballet* de alambre, y no saben hacer otra cosa más que siempre lo mismo, y que los cazadores tocan de forma tan somnolienta y lánguida es algo que tiene también su explicación, pues el cesto de los dulces cuelga de los árboles de Navidad justo encima de sus narices, ¡aunque demasiado alto!... Pero ¿no vamos a seguir paseando un poco?

—¡Ay, todo ha sido muy bonito y me ha gustado mucho! —dijo Marie poniéndose en pie y siguiendo a Cascanueces, que ya había echado a andar.

Caminaron a lo largo de un susurrante arroyo de dulces rumores, del que parecían salir todos los deliciosos aromas que llenaban el bosque.

—Es el Arroyo de Azahar —dijo Cascanueces en respuesta a sus preguntas—, pero a excepción de su fragante aroma, no se semeja ni en tamaño ni en belleza al Río de Limonada, que desemboca justamente en el Lago de Leche de Almendras.

En efecto, Marie escuchó pronto un chapoteo y un rumor más fuerte y divisó el ancho Río de Limonada, que avanzaba formando rizos de orgullosas olas amarillentas por entre los fulgurantes arbustos, que parecían carbunclos de un ardiente color verde. Un frescor excepcionalmente agradable, que fortalecía el pecho y el corazón, se alzaba formando olas entre aquellas adorables aguas. No lejos de allí se arrastraba con esfuerzo un riachuelo de color amarillo oscuro que, sin embargo, difundía unos aromas descomunales dulces y en cuya orilla había un sinfín de hermosos niños pescando unos pececillos regordetes que se comían al instante. Al acercarse Marie vio que los peces parecían avellanas. A alguna distancia había un pueblecillo muy lindo junto al riachuelo, casas, iglesia, parroquia, graneros, todo era de color marrón oscuro, adornado incluso con tejados dorados, también había muchos muros pintados con colores tan diversos como si pegadas a ellos hubiera cáscaras de cidra confitada y almendras.

—Este es el País del Pan de Especias —dijo Cascanueces—, situado junto al Arroyo de la Miel; aquí vive gente muy guapa, pero la mayoría está casi siempre de mal humor porque les duelen mucho las muelas, por eso no vamos a entrar por ahora.

En ese mismo instante Marie vio una pequeña ciudad formada por un montón de casas transparentes de muchos colores, muy lindas de ver. Cascanueces se dirigió directamente a ella y entonces Marie escuchó un barullo muy divertido y alegre y vio cómo miles de simpáticas gentecillas inspeccionaban un montón de carros cargados hasta arriba que se habían

detenido en el mercado y estaban a punto de ser descargados. Y lo que sacaron parecía papel de muchos colores y tabletas de chocolate.

—Estamos en Bombonilandia —dijo Cascanueces—, justo acaba de llegar un envío del País del Papel y del Rey del Chocolate. Hace poco que el ejército del almirante de los Mosquitos ha amenazado gravemente a las pobres casas de bombón, por eso están cubriéndolas con los regalos del País del Papel y levantan trincheras con las magníficas piezas que les ha enviado el Rey del Chocolate. Pero preciadísima *demoiselle* Stahlbaum, no vamos a visitar todos los pueblos y ciudades de este país..., ¡a la capital!..., ¡vayamos a la capital!

Cascanueces se adelantó rápidamente y Marie lo siguió llena de curiosidad. No había pasado mucho tiempo cuando se levantó un delicioso aroma de rosas que lo envolvió todo como con un suave soplo de reflejos de rosas. Marie se percató de que era el reflejo del brillo rosado de un río que chapoteaba y murmuraba ante ellos entre adorables sonidos y melodías, que producían pequeñas olitas de color rosa plata. En estas lindas aguas, que se expandían más y más igual que un gran lago, nadaban unos preciosos cisnes, blancos como la plata, que llevaban al cuello unas cadenas doradas y competían entre ellos con las más bellas canciones, a cuyo son, como en un divertido baile, brincaban arriba y abajo entre las rosadas olas unos pececillos que brillaban como diamantes.

—¡Ay! —exclamó Marie entusiasmada—. Este es el lago que el padrino Drosselmeier me iba a hacer en una ocasión, en efecto, y yo misma soy la muchacha que acariciará a los adorables cisnes.

El pequeño Cascanueces soltó una sonrisa tan burlona como Marie no le había visto jamás y luego dijo:

—Algo así seguro que el tío no podrá lograrlo jamás, aunque vos sí, querida *demoiselle* Stahlbaum; pero dejemos ahora de cavilar y naveguemos por el Lago de las Rosas hasta la capital.

La capital

El pequeño Cascanueces dio unas palmadas con sus manitas y el Lago de las Rosas empezó a susurrar más alto, las olas chapoteaban con más fuerza y Marie vio cómo se acercaba desde la lejanía un carruaje de conchas formado por un sinfín de piedras preciosas de muchos colores, resplandecientes como el sol, y tirado por dos delfines de escamas de oro. Doce adorables negritos con gorritas y delantalitos tejidos con brillantes plumas de colibrí saltaron a la orilla y, desliziéndose suavemente sobre las olas, llevaron primero a Marie y luego a Cascanueces hasta el carruaje que, al momento, empezó a cruzar el lago. ¡Ay! ¡Qué hermoso era todo cuando Marie, embriagada por el aroma de las rosas, rodeada por las rosadas olas, se marchó de allí en el carruaje! Los dos delfines de escamas de oro alzaban sus narices disparando a lo alto rayos de cristal, y estos, al caer haciendo arcos de brillantes chispas, parecían dos voces argénteas cantando: «¿Quién nada en el agua rosada?... El hada. ¡Mosquitos! ¡Bim, bim..., pececitos! ¡Sim, sim..., cisnes! ¡Cis, cis, pájaros de oro! ¡Tralará..., olas de la corriente..., avanzad, tocad, cantad, soplad, acechad..., que llega, que llega el hada, olas rosadas, agítad, refrescad, avanzad..., avanzad mucho... mucho!».

Pero parecía que a los doce negritos, que habían saltado a la parte trasera del carruaje de conchas, no les sentaba nada bien el cántico de los rayos de agua, pues agitaban sus sombrillas tanto que las hojas de dátil de las que estaban hechas empezaron a crujir y a cascar al tiempo que con los pies marcaban un extraño compás y cantaban: «¡Clap y clip y clip y clap, viene y va... el corro de los negros no puede callar; moveos, peces..., moveos, cisnes, retumba carruaje de conchas, retumba, clap y clip y clip y clap y viene y va!».

—Estos negros son gente muy divertida —dijo Cascanueces algo confuso—, pero van a hacer que se me rebele todo el lago.

En efecto, pronto se levantó un enloquecedor alboroto de voces maravillosas que parecían nadar en el lago y en el aire, pero Marie no les prestó atención, sino que miraba las aromáticas olas rosadas, desde cada una de las cuales le sonría un rostro de muchacha adorable y gracioso.

—¡Ay! —exclamó contenta, dando una palmadita con las manos—. ¡Mirad, querido señor Drosselmeier!

Pero Cascanueces suspiró casi con lástima y dijo:

—¡Oh, exquisita *demoiselle* Stahlbaum! Esa no es la princesa Pirlipat, esa sois vos y solo vos, es tan solo vuestro adorable rostro el que sonrío con tanta dulzura desde cada una de las olas rosadas.

Entonces Marie volvió la cabeza rápidamente, cerró con fuerza los ojos y se sintió muy avergonzada. En ese mismo momento los doce negritos la sacaron del carruaje de conchas y la llevaron a tierra. Estaba entre unos pequeños arbustos que eran casi más bonitos que el Bosque de Navidad, tanto brillaba y fulguraba todo en él, pero lo que más llamaba la atención eran sobre todo unos frutos muy extraños que colgaban de todos los árboles y que no solo tenían unos colores muy raros, sino que también desprendían un aroma maravilloso.

—Estamos en el Bosque de la Confitura —dijo Cascanueces—, pero la capital está allí.

¿Qué fue lo que vio entonces Marie...? ¿De qué manera podría yo empezar a explicaros, niños, la belleza y la magnificencia de la ciudad que se abría ahora a los ojos de Marie sobre un rico prado de flores? No era solo porque los muros y torres se alzaban con los más lindos colores, era también porque por la forma de los edificios no era posible encontrar nada parecido sobre la faz de la tierra. Pues en lugar de tejados, las casas tenían unas coronas delicadamente trenzadas, y las torres estaban coronadas con la más delicada hojarasca de colores que se pueda hallar. Cuando atravesaron la puerta, que parecía hecha de multitud de almendrados y frutas confitadas, unos soldados de plata presentaron armas y un hombrecillo, que llevaba una camisa de dormir hecha de brocado, se arrojó al cuello de Cascanueces diciendo:

—¡Bienvenido, príncipe magnífico, bienvenido a la Ciudad del Confite!

Marie no se asombró poco al ver que un hombre tan distinguido reconocía al joven Drosselmeier como príncipe. Pero entonces oyó unas vocecitas muy delicadas entremezcladas unas con otras, un barullo y unas carcajadas tales, tales juegos y cánticos, que no era capaz de pensar en otra cosa, y al punto preguntó al pequeño Cascanueces qué significaba todo aquello.

—¡Oh, excelsa *demoiselle* Stahlbaum! —respondió Cascanueces—. No es nada especial, la Ciudad del Confite es una ciudad muy populosa y alegre, aquí todos los días son así, pero tened la bondad de seguir avanzando.

Apenas habían dado unos pasos cuando llegaron a la gran Plaza del Mercado, que ofrecía una vista muy hermosa. Todas las casas que la circundaban estaban hechas de azúcar quebrada, una galería encima de otra; en el centro había un bizcocho muy alto con forma de árbol, a manera de obelisco y recubierto de azúcar, y a su alrededor cuatro fuentes muy artísticas escupían al aire horchata, limonada y otras deliciosas bebidas dulces, y en la pila se acumulaba un montón de crema que daban ganas de comérsela en ese mismo momento. Pero mucho más bonito que todo eso eran las adorables gentecillas que se amontonaban a miles, codo con codo, y daban gritos de júbilo y reían, bromeaban y cantaban, en resumen, armaban el divertido griterío que Marie había oído ya desde lejos. Había damas y caballeros muy bien vestidos, armenios y griegos, judíos y tirolenses, oficiales y soldados, y predicadores y pastores y bufones, en definitiva, todo tipo de gente que pueda encontrarse en el mundo. En una de las esquinas aumentó el tumulto, el pueblo se dividió en dos frentes, pues en ese mismo momento pasaba en un palanquín el Gran Mogol^[15], acompañado de noventa y tres grandes del Imperio y setecientos esclavos. Pero ocurrió que, en el otro extremo, la Cofradía de Pescadores, formada por unas quinientas cabezas, celebraba su procesión, y peor aún fue que, en ese mismo momento, el Gran Turco tuvo la ocurrencia de pasear a caballo por el mercado con tres mil jenízaros, a los que se añadió además la gran procesión de la Fiesta del Sacrificio Interrumpido^[16], que, con juegos sonoros y cantando «Dad gracias al poderoso sol», avanzaba directamente hacia el bizcocho con forma de árbol. ¡Eso sí que eran tumultos, empujones y griteríos!

Pronto hubo también muchos gritos de lamento, pues, en el tumulto, un pescador le había arrancado de un golpe la cabeza a un brahmán, y un bufón había estado a punto de atropellar al Gran Mogol. El alboroto se hacía cada vez más y más frenético y todos empezaban ya a darse empujones y golpes, cuando el hombre del camisón de brocado, que había saludado a Cascanueces como príncipe junto a la puerta de la ciudad, se encaramó al bizcocho con forma de árbol y, tras haber hecho sonar tres veces una campana muy sonora, gritó tres veces bien fuerte:

—¡Pastelero! ¡Pastelero!... ¡Pastelero!

Al punto se acalló el tumulto, cada cual trató de arreglárselas como pudo y, una vez que las confusas procesiones se hubieron rehecho, cepillado la suciedad al Gran Mogol y colocado la cabeza al brahmán, volvió a empezar el divertido alboroto de antes.

—¿Qué significa eso del pastelero, mi buen señor Drosselmeier? —preguntó Marie.

—Ay, mi preciada *demoiselle* Stahlbaum —respondió Cascanueces—, aquí se llama pastelero a un poder desconocido, pero tremendamente horrible, del que se cree que puede hacer de los hombres lo que quiera; es el hado que reina sobre este pueblo, diminuto y feliz, y lo temen tanto que la sola mención de su nombre puede acallar el mayor de los tumultos, tal como nos acaba de demostrar el señor burgomaestre. Entonces nadie piensa ya en los golpes en las costillas o en los chichones tan terrenales, sino que cada cual se concentra en sí mismo y dice: «¿Qué es el hombre y qué va a ser de él?».

Marie no pudo contener un grito de admiración, incluso del mayor de los asombros, al encontrarse de repente ante un palacio de relucientes reflejos rosados con cien airoas torres. Aquí y allá había muchos ramos de violetas, narcisos, tulipanes y alhelíes diseminados por las paredes, cuyos colores, oscuros y ardientes, no hacían sino aumentar el blanco cegador que jugueteaba sobre un fondo rosáceo. La gran cúpula del edificio central, así como los tejados en forma de pirámide de las torres, estaba sembrada con miles de estrellitas que brillaban de oro y de plata.

—Ahora estamos ante el Palacio de Mazapán —dijo Cascanueces.

Marie estaba totalmente perdida en la visión del maravilloso palacio, pero no se le escapó que al tejado le faltaba una torre entera, que unos hombrecillos subidos a un andamio hecho de ramas de canela parecían querer reconstruir. Pero antes de que pudiera preguntar a Cascanueces al respecto, este continuó diciendo:

—Hace poco que este palacio estuvo amenazado de una tremenda desolación, incluso de la destrucción total. El gigante Boca Golosa, que vino por aquel camino, se comió de un mordisco el tejado de esa torre y empezó a mordisquear la gran cúpula, pero los habitantes del País del Confite le llevaron como tributo todo un barrio de la ciudad, así como una buena parte del Bosque de la Confitura, con lo que se alimentó y continuó andando.

En ese momento se oyó una suave música, muy agradable; las puertas del palacio se abrieron y salieron doce diminutos pajes con unas ramas de clavo aromático encendidas, que llevaban en sus manitas a modo de antorchas. Sus cabezas eran una perla, los cuerpos rubíes y esmeraldas y andaban sobre unos piececillos hechos del oro puro más hermoso. Les seguían cuatro damas, casi tan grandes como la Clarita de Marie, pero ataviadas con tan exquisitas y relucientes galas que Marie no dudó ni por un momento en reconocer que eran princesas de cuna. Abrazaron a Cascanueces con mucho cariño y exclamaron alegres y emocionadas:

—¡Oh, príncipe mío!... ¡Príncipe mío querido!... ¡Oh, hermano mío!

Cascanueces parecía muy conmovido, se enjugó las abundantes lágrimas, cogió luego de la mano a Marie y dijo en tono patético:

—Esta es *demoiselle* Marie Stahlbaum, la hija de un consejero médico muy apreciado y mi salvadora. Si ella no hubiera tirado la zapatilla en el momento adecuado, si no me hubiera conseguido el sable del coronel retirado, ahora yo estaría en la tumba, devorado por el maldito Rey Ratón... ¡Oh! ¡Esta *demoiselle* Stahlbaum! ¿La creéis igual a Pirlipat en belleza, bondad y virtud, aunque esta sea princesa de cuna?... ¡No, yo os digo que no!

Todas las damas exclamaron:

—¡No! —y se echaron al cuello de Marie y exclamaron entre sollozos—: ¡Oh, noble redentora de nuestro querido hermano, el príncipe!

Entonces las damas acompañaron a Marie al interior del palacio, a una sala cuyas paredes estaban hechas de brillantes cristales de mil colores. Pero de todas las cosas lo que más gustó a Marie fueron las adorables sillitas, mesas, cómodas, escritorios, etc., que había por todas partes y que estaban todos hechos de madera de cedro o de palo de Brasil con flores doradas diseminadas por todos ellos. Las princesas instaron a Marie y a Cascanueces a sentarse y dijeron que ellas mismas prepararían al punto una comida. Sacaron entonces un montón de cuenquitos y fuentecitas de la más fina porcelana japonesa, cucharas, cuchillos y tenedores, ralladores, cacerolas y otros utensilios de cocina de oro y plata. Luego llevaron las frutas y los dulces más hermosos que Marie hubiera visto jamás y empezaron a exprimir las frutas

con sus manitas blancas como la nieve, a machacar las especias, a rallar las peladillas, en definitiva, a trabajar de tal forma que Marie pudo darse buena cuenta de lo mucho que las princesas entendían de cocina y la comida tan deliciosa que resultaría de ello. Con la viva sensación de entender ella también de esos asuntos, deseaba en secreto poder colaborar también en el trabajo de las princesas. La más bella de las hermanas de Cascanueces, como si hubiera adivinado el deseo secreto de Marie, le entregó un pequeño mortero de oro diciendo:

—¡Oh, dulce amiga, preciada redentora de mi hermano, machaca tú también alguno de estos confites!

Mientras Marie le daba al mortero de tan buen ánimo que resonaba contento y amable, como una hermosa cancioncilla, Cascanueces empezó a relatar con todo detalle lo sucedido en la espantosa batalla entre su ejército y el del Rey Ratón: cómo había sido medio derrotado por la cobardía de sus tropas, cómo luego el repugnante Rey Ratón había estado a punto de destrozarlo a mordiscos y Marie había tenido que sacrificar por ello a muchos de sus súbditos, que se habían puesto a su servicio, etc. Al oír este relato a Marie le parecía como si sus palabras, incluso los golpes de mortero, sonaran cada vez más lejanos e imperceptibles; pronto vio unos velos de plata que ascendían como finas nubes de niebla, en las que flotaban las princesas, los pajes, Cascanueces e incluso ella misma, se oyeron unos extraños cánticos y zumbidos y seseos, que resonaban como en la lejanía; entonces Marie se alzó como sobre unas olas ascendentes, cada vez más y más..., más y más..., más y más...

Conclusión

«¡Paf..., pum!», se oyó. Marie cayó desde una altura inconmensurable... ¡Eso sí que fue un golpe! Pero al momento abrió los ojos y estaba en su camita, era bien de día y la madre estaba ante ella diciendo:

—¿Pero cómo es posible dormir tanto? ¡Hace ya mucho que tienes aquí el desayuno!

Ya te habrás dado cuenta, mi muy estimado público aquí reunido, de que Marie, absolutamente aturdida con todas las maravillas que acababa de ver, se había quedado dormida en el salón del Palacio de Mazapán y que los negritos o los pajes o incluso las propias princesas la habían llevado a casa y la habían metido en la cama.

—¡Oh, mamá, querida mamá! ¡A cuántos sitios me ha llevado esta noche el joven Drosselmeier! ¡Qué cosas tan bonitas he visto!

Entonces le contó todo casi con igual detalle como yo acabo de contarle y la madre la observó muy asombrada. Una vez que Marie hubo terminado, dijo la madre:

—Has tenido un sueño muy largo y muy bonito, querida Marie, pero quítate todo eso de la cabeza.

Marie insistió muy terca en que no lo había soñado, sino que lo había visto todo de verdad, entonces la madre la llevó hasta la vitrina, sacó el cascanueces que, como de costumbre, estaba en el tercer estante, y dijo:

—Pero, niña ingenua, ¿cómo puedes creer que este muñeco de madera de Núremberg puede cobrar vida y moverse?

—Pero, querida mamá —la interrumpió Marie—, yo sé muy bien que el pequeño Cascanueces es el joven señor Drosselmeier de Núremberg, el sobrino del padrino Drosselmeier.

Entonces ambos, el consejero médico y su esposa, rompieron a reír con sonoras carcajadas.

—Bueno —continuó diciendo Marie casi llorando—, ahora te burlas de mi Cascanueces, querido padre, con lo bien que él ha hablado de ti, pues

cuando llegamos al Palacio de Mazapán y me presentó a sus hermanas, las princesas, dijo que tú eras un consejero médico muy apreciado.

Las risas fueron aún más fuertes, y Luise, e incluso Fritz, se unieron a ellas. Entonces Marie fue corriendo a la otra habitación, sacó rápidamente de su baulito las siete coronas del Rey Ratón y se las dio a la madre diciendo:

—Toma y mira, querida madre, estas son las siete coronas del rey de los ratones, que esta noche pasada me dio el joven señor Drosselmeier en señal de su victoria.

Sin salir de su asombro la esposa del consejero médico contempló las coronitas que estaban tan bien hechas de un metal desconocido, aunque muy brillante, que parecía imposible que las hubieran podido realizar manos humanas. Tampoco el consejero médico se hartaba de mirar las coronitas, y ambos, padre y madre, instaban muy serios a Marie a que confesara de dónde las había sacado. Pero ella solo podía insistir en lo que había dicho, y cuando entonces el padre empezó a reñirla severamente y a tacharla incluso de pequeña mentirosa, ella empezó a llorar desconsolada mientras se lamentaba:

—¡Ay de mí, pobre niña, ay de mí! ¿Qué voy a decir ahora?

En ese momento se abrió la puerta. El alto consejero judicial entró y dijo:

—¿Qué pasa aquí?... ¿Qué pasa aquí? ¿Mi ahijada Marie llorando y sollozando?... ¿Qué pasa aquí?... ¿Qué pasa aquí?

El consejero médico le informó de todo lo que había acontecido al tiempo que le mostraba las coronitas. Apenas las hubo visto, el alto consejero judicial se echó a reír diciendo:

—¡Qué tontos! ¡Qué tontos! Esas son las coronitas que hace años llevaba yo en la cadena de mi reloj y que le regalé a la pequeña Marie el día en que cumplió dos años. ¿Acaso no lo recordáis ya?

Ni el consejero médico ni su esposa podían recordarlo, pero Marie, al percatarse de que los rostros de sus padres habían vuelto a recuperar su gesto amable, se abalanzó sobre el padrino Drosselmeier y dijo:

—¡Ay, tú lo sabes todo, padrino Drosselmeier! Pero diles tú mismo que mi cascanueces es tu sobrino, el joven señor Drosselmeier de Núremberg, y que él me ha regalado las coronitas.

Pero el alto consejero judicial puso una cara muy seria y murmuró:

—Tonterías y bobadas.

Luego el consejero médico cogió a la pequeña Marie, la colocó ante sí y dijo muy serio:

—Escucha, Marie, deja ya de una vez esas fantasías y esos cuentos, y si vuelves a decir otra vez que ese cascanueces, ingenuo y deforme, es el

sobrino del señor consejero judicial, no solo tiraré por la ventana al cascanueces, sino también a todos los demás muñecos, *mademoiselle* Clarita incluida.

Así que la pobre Marie ya no podía hablar más de aquello que colmaba su alma, pues podéis imaginar que cosas tan hermosas y estupendas como las que le habían ocurrido a Marie no se pueden olvidar. Incluso, oh, Fritz, mi muy estimado lector u oyente, incluso tu camarada Fritz Stahlbaum le dio la espalda a su hermana justo cuando ella iba a contarle cosas de aquel reino de las maravillas en el que había sido tan feliz. En alguna ocasión debió incluso murmurar entre dientes: «¡Qué niña más boba!», aunque esto es algo que yo, dado su probado buen carácter, no puedo creer; pero lo que sí es seguro es que, como ya no creía en nada de lo que Marie le contaba, en una parada pública pidió disculpas formalmente a sus húsares por la injusticia cometida, en lugar de las insignias perdidas les puso unos penachos de plumas de ganso mucho más altos y más bonitos y volvió a darles permiso para tocar la marcha de la guardia de húsares. ¡Bueno..., nosotros ya sabemos el valor que tuvieron los húsares cuando aquellas feas balas les mancharon los rojos jubones!...

Marie no podía hablar de su aventura, pero las imágenes de aquel maravilloso reino de hadas la envolvían en dulces y ondulantes susurros y en amables y delicados sonidos; en cuanto fijaba su atención en ello, volvía a verlo todo otra vez y así aconteció que, en lugar de jugar como de costumbre, podía quedarse todo el tiempo sentada, inmóvil y en silencio, ensimismada, por lo que todos la llamaban «la pequeña soñadora». Aconteció que el alto consejero judicial estaba en una ocasión arreglando un reloj en casa del consejero médico; Marie estaba sentada junto a la vitrina, sumida en sus sueños y, mirando a Cascanueces, dijo involuntariamente:

—¡Ay, querido señor Drosselmeier! Si vivierais de verdad yo no haría como la princesa Pirlipat, y no os despreciaría porque hubierais dejado de ser un apuesto joven por mi culpa.

Al punto gritó el alto consejero judicial:

—Caramba, caramba..., qué bobadas.

Pero en ese mismo momento se oyeron un golpe y una sacudida tales que Marie, desmayada, se cayó de la silla. Cuando despertó de nuevo, la madre estaba ocupándose de ella y le dijo:

—Pero ¿cómo puedes caerte de la silla? ¡Una niña tan grande!... El sobrino del alto consejero judicial acaba de llegar de Núremberg, ¡así que pórtate bien!

Levantó la vista; el alto consejero judicial había vuelto a ponerse su peluca de cristal y su levita amarilla, y sonreía muy satisfecho, pero de la mano llevaba a un jovencito, pequeño aunque de muy buena complexión. Su carita era como de leche y sangre; llevaba una linda chaqueta roja con sobredorados, medias blancas de seda y zapatos, en la solapa tenía un adorable ramo de flores, estaba delicadamente peinado y empolvado y, por detrás, por la espalda, le colgaba una magnífica trenza. Por lo que brillaba, la pequeña espada que llevaba a un lado parecía hecha de multitud de joyas, y el sombrerito bajo el brazo tejido de copos de seda. Los modales tan buenos que tenía los demostró rápidamente por cuanto entregó a Marie un montón de lindos juguetes, pero sobre todo un magnífico mazapán y las mismas figuras que el Rey Ratón había mordisqueado; a Fritz le había traído un precioso sable. A la mesa, el educado joven estuvo cascando nueces para todos los presentes, ni las más duras se le resistían, con la mano derecha se las metía en la boca, con la izquierda tiraba de la trenza... y crac..., ¡la nuez caía hecha pedazos!

Marie se había puesto toda roja al ver a aquel educado joven y su rubor aumentó aún más cuando, después de comer, el joven Drosselmeier la invitó a ir con él al cuarto de estar, a la vitrina.

—Jugad juntos, niños, no tengo nada en contra, ya que todos mis relojes van bien —dijo el alto consejero judicial.

Pero el joven Drosselmeier, apenas se hubo quedado solo con Marie, echó una rodilla al suelo y dijo lo siguiente:

—¡Oh, mi excelentísima *demoiselle* Stahlbaum! ¡Ved aquí a vuestros pies al afortunado Drosselmeier al que salvasteis la vida en este mismo lugar!... Vos dijisteis con toda generosidad que si por vuestra causa me hubiera vuelto feo, no me despreciaríais como la abominable princesa Pirlipat... En ese mismo instante dejé de ser un mísero cascanueces y recuperé mi forma anterior, nada desagradable. ¡Oh, excelente *demoiselle*! Hacedme feliz con vuestra preciada mano, compartid conmigo reino y corona, reinad conmigo en el Palacio de Mazapán, pues allí soy el rey...

Marie ayudó al joven a levantarse y dijo en voz baja:

—¡Querido señor Drosselmeier! Sois un hombre bueno y amable, y como además reináis en un país adorable, con gente muy apuesta y divertida, ¡os acepto como prometido!

Tras decir esto, Marie se convirtió al punto en la prometida de Drosselmeier. Se dice que, al cabo de unos años, la recogió en un carruaje dorado, tirado por caballos de plata. En la boda bailaron veintidós mil figuras adornadas con perlas y diamantes, y a día de hoy Marie debe de ser reina de un país en el que pueden verse por todas partes fulgurantes bosques de Navidad, transparentes palacios de mazapán, en resumen, las cosas más adorables y maravillosas, siempre que se tengan ojos para ello.

Y este ha sido el cuento de Cascanueces y el Rey Ratón.